RADAR libros

SUPLEMENTO LITERARIO DE PAGINA/12 · 29 DE MARZO DE 1998 · AÑO I Nº 20



EL SEXTRANJERO

Cierto eco de Graham Greene se escucha en Crónica de la noche, la novela que el irlandés Colm Tóibín situó en la Argentina. Sus tópicos políticos incorporan como uno más a la homosexualidad y, de paso, omiten derramar color local como a veces hacen los extranjeros que escriben sobre este país. En esta entrevista, el autor –que visitará la próxima Feria del Libro– explica cómo se le ocurrió ubicar a su personaje Richard Garay, angloargentino y gay, en los años de la última dictadura sin caer en los lugares comunes sobre la narrativa ambientada en la represión y el paso a la democracia.

Alfredo Grieco y Bavio

En los largos años del conservadurismo de Margaret Thatcher, y sobre todo en los más inmóviles de su sucesor John Major, la literatura inglesa dio muestras de desencanto con su tierra natal. “Este país está muerto”, dijo famosamente en 1993 Nicholas Shakespeare, un escritor que buscó y encontró temas literarios en la Argentina, en Gibraltar, en el Perú de Sendero Luminoso. La literatura irlandesa, en cambio, siempre tuvo de qué ocuparse. No sólo del silencio, la astucia y el exilio, sino de la pobreza (cada vez más relativa), de la Iglesia Católica, y del republicanismo del IRA.

Colm Tóibín enfrenta los viejos temas de Irlanda con una franqueza nueva para los irlandeses. No tiene problemas en reencontrarlos en otras tierras y otros tiempos: la España de los años cincuenta en su primera novela, *The South* (1990), la Argentina de la transición democrática en la última, *Crónica de la noche*, que ha traducido Emecé. El escenario preferido por las ficciones de Tóibín es aquel donde todo es política, sea español, argentino o irlandés en *The Heather Blazing* (1993). Una franja central de la literatura inglesa, de Margaret Drabble a Barry Unsworth, está cargada de culpas poscoloniales, para las que quieren hallar, ansiosos, una expresión literaria. Buscan lo diferente y hasta lo exótico, mientras el irlandés Tóibín encuentra en todas partes las mismas, angustiosas condiciones irlandesas. Después de todo, Irlanda no es una nación colonial sino colonizada, y el exotismo es un vicio de las metrópolis. Tampoco es casual que a Tóibín le guste Graham Greene, el más popular novelista católico inglés del siglo. La acción de dos novelas de Greene, *Viajes con mi tía* y *El cónsul honorario* (dedicada a Victoria Ocampo) se desarrolla en la Argentina. Pero la crítica señaló siempre que el cambio de escenarios escondía, de la manera más espectacular, una identidad de clima psicológico, de personajes divididos entre la complacencia desesperanzada de la inacción y la ilusión por un cambio y una redención que no vendrán por medios meramente humanos.

Hasta cierto punto, *Crónica de la noche* es la continuación de las peripecias católicas en Greenelandia, el nombre que los críticos daban a ese territorio de las batallas de la gracia divina con la naturaleza humana caída, donde la diversidad geográfica sirve sólo para probar la igualdad de los protagonistas hombres ante Dios. Pero si todo es política, también lo es el sexo, y ésta es una de las franquezas con las que Tóibín irrumpe en la literatura irlandesa. En 1996, Tóibín elegía en una encuesta como libro del año la autobiografía de Nuala O'Faolain, precisamente por sus cualidades de candor sexual, de despiadada tensión, “de búsqueda desesperada de la verdad, el amor y el conocimiento”.

Los méritos que Tóibín encuentra en su compatriota no faltan en *Crónica de la noche*, donde la homosexualidad es un enclave político, más acá de cualquier reivindicación gay. Se ha dicho que las novelas argentinas de los años de la última dictadura ostentaban familias disfuncionales como respuesta formal a la ideología familiarista que las Fuerzas Armadas predicaban en su discurso e imponían por la fuerza en los hechos. Si esto es así, *Crónica de la noche* hace estallar los límites mismos de esa tensión. En un contexto político, la homosexualidad se politiza aún más; después de todo, es ella el reverso más implacable, menos negociable de la normatividad heterosexual compulsiva.

Las novelas de los extranjeros sobre la Argentina corren siempre el riesgo de convertirse en pesadillas de color local. Hay que decir que Tóibín sortea el peligro, y que la atmósfera y la respiración de su novela reencuentran bajo otro cielo las estrecheces de una Irlanda donde la legitimidad de los prejuicios es una norma que pocos, como Tóibín, se arriesgan a desconocer.

¿Por qué la Argentina para *Crónica de la noche*?

–Borges vino a Dublín en junio de 1982





YO TAMBIÉN TENGO UNA FOTO CON TODOS USTEDES: UN JOVEN COLM TÓIBÍN EN LA CONSABIDA FOTO CON JORGE LUIS BORGES (1983). "ERA INCREÍBLE: ERUDITO, BIEN EDUCADO, CLARO, AGUDO".

para el centenario de Joyce. Yo era jefe de redacción de una revista y encargamos al novelista irlandés Francis Stuart (nacido en 1902) que lo entrevistara. Yo manejaba el grabador, y pasé horas en el cuarto con los dos viejos. Borges era increíble: erudito, bien educado, claro, agudo. Sabía de memoria cantidades infinitas de poemas ingleses. El amaba a Inglaterra. La guerra terminaba ese día. Yo había leído antes su obra, pero entonces volví a hacerlo, y así empecé a pensar en la Argentina. Entre 1982 y 1985 yo editaba la principal revista de actualidad en Irlanda. Me despidieron a comienzos de 1985 y me indemnizaron pagándome juntos los sueldos de medio año. Volé a Río y fui por tierra a Cuzco pasando por Bolivia. Después volví a Río y volé a Buenos Aires. El padre de un amigo vivía allí; trabajaba en una petrolera y tenía una casa grande en San Isidro. Llegué un domingo de abril o mayo en 1985 y el lunes conseguí mi acreditación periodística para el juicio a las Juntas.

¿Ese fue el motivo de su viaje?

–No, había llegado con la idea de viajar por la Argentina; en vez de eso, fui todos los días al juicio. También fui a la ópera, a muchísimos restaurantes y a navegar los fines de semana. Me parece que los otros periodistas pensaban que yo era una especie de espía. Había un grupo del FMI en la ciudad y vi a muchos de ellos a través de mi anfitrión. Empecé a reconocer los nombres de las calles gracias a los testimonios en el juicio. Mucha gente con la que me encontraba –especialmente en el Yacht Club– odiaba la idea misma del juicio. Como les decía a todos que yo estaba asistiendo al juicio, hablaba mucho sobre eso y observaba fascinado las reacciones. En esos meses, me movía por la ciudad entre el juicio y un grupo de emigrados influyentes. Amaba la ciudad. Nunca pensé en escribir una novela sobre el juicio. Creía y todavía creo que los hechos hablan por sí mismos.

¿Cómo comenzó a pensar en la novela?

–En 1991 la revista *Esquire* me envió a Buenos Aires para escribir un largo artículo sobre Diego Maradona. Esta vez estaba solo en la ciudad. Hablé con sponsors, entrenadores, jugadores (no con Maradona). Fui a Villa Fiorito, donde había nacido. Empecé a preguntarles sobre los desaparecidos, al principio de manera casual, al final de las entrevistas. Casi todos alzaban los hombros y decían que no les interesaba. No pensaban que fuera importante, y algunos (no los jugadores) se preguntaban si las cifras eran correctas. Circulé por algunos lugares gay en la ciudad. Lo menos que se puede decir es que el ambiente era incómodo. Poco a poco, la novela empezó a formarse en mi mente.

El contraste de un personaje definido como "gay" con una sociedad hostil parece programático. ¿Es así?

–El libro se me fue ocurriendo lentamente, como resultado de estar a solas en la ciudad en 1991, presionado para terminar mi artículo sobre Maradona. Sé lo que es caminar por esas calles, así como acostumbro hacerme amigo de parejas, y enamorarme de heterosexuales. El libro, sin embargo, no es autobiográfico (mi madre, por ejemplo, sigue viva; yo soy calvo). Es sencillo: las simientes del libro crecieron a partir de aquellas semanas en la ciudad. A veces, usé la atmósfera de Dublín en los 70 o de la Irlanda rural (nunca estuve fuera de Buenos Aires). También me preocupaba que aparecieran muchos libros acerca de la vida gay en Estados Unidos o Inglaterra, pero nada acerca de la vida gay en sociedades "difíciles" (Irlanda, Argentina) donde la gente gay vive en la inquietud y tiene reales dificultades en hablarle a su familia o a sus empleadores sobre su sexualidad. (En Sydney, los policías gays marcharon con orgullo, luciendo sus uniformes, en el Mardi Gras. ¿Conocen policías gay en Buenos Aires? En Irlanda los deportarían a la isla más pequeña y ventosa.)

> **"Había llegado con la idea de viajar por Argentina; en vez de eso, fui todos los días al juicio a las Juntas. Empecé a reconocer los nombres de las calles gracias a los testimonios en el Juicio. Nunca pensé en escribir una novela sobre el juicio. Creía y todavía creo que los hechos hablan por sí mismos."**

La novela parece procurar evitar los estereotipos políticos (dictaduras latinoamericanas), pero conserva al homosexual obsesionado con la madre.

–Traté de evitar el cliché todo el tiempo. La CIA no traiciona a todos ni produce el caos; las palabras "macho", "tango" y "Evita" no aparecen en el texto (las dos últimas omisiones fueron deliberadas; la primera me la señaló una reseña). Los heterosexuales en el libro parecen incapaces de fijarse en relaciones predominantemente monógamas. Los sonidos del piano no vuelan sobre los aposentos. Pero creo que Richard está un poco obsesionado por su madre; tal vez debería haber trabajado más sobre eso, pero necesitaba que la relación fuera así.

¿La novela fue promocionada como gay en un mercado gay? ¿Cuál es el sentido de una identidad gay para un escritor?

–No, no lo fue. No en Estados Unidos, por cierto: hubiera vendido más ejemplares. Y tampoco en Gran Bretaña o Irlanda. Espero que alguien lo promocione como gay, así veo qué es eso. Por lo que respecta a la identidad gay, es un asunto interesante: no conozco ninguna novela sobre un hombre gay escrita por un hombre homosexual que sea creíble (algunas mujeres escribieron hombres que están bien). Así, la identidad gay hace una diferencia. La mayoría de los gays saben lo que es la invención y la reinvención y sentirse solos y desconectados. Me parece que uno puede jugar con este nivel de alienación y disociación usando una vida gay y no un personaje hétero. Pero es lo que se espera que yo diga, ¿no? Debería decir que escribí dos novelas donde todos son héteros. Pero me pudrí de lo hétero como del catolicismo y de Irlanda.

Usted escribió de Thomas Mann: "Mann puso en su ficción sus obsesiones eróticas específicas". ¿Hay algo autobiográfico, aunque mediado, en *Crónica de la noche*?

–Sí, por supuesto. Me gustan los argentinos con pelo negro y ojos azules y madres gritonas. ¿Conocen alguno?♣



"SÉ QUE EN 1978 EN ARGENTINA HUBO UN MUNDIAL DE FÚTBOL (...) RECUERDO HABER VISTO MUCHEDUMBRES EN LAS CALLES, HOMBRES QUE FESTEJABAN Y AGITABAN BANDERAS." (DE *CRÓNICA DE LA NOCHE*)



"CUANDO LA GENTE QUERÍA QUE SE HICIERA ALGO URGENTE RESPECTO DE LA INFLACIÓN Y EL DESEMPLEO Y LA MORAL NACIONAL, LA IDEA DE UN CAUDILLO DE UN LUGAR LEJANO DEBÍA SER TOMADA MUY EN SERIO." (DE *CRÓNICA DE LA NOCHE*)



QUE LEER...

...para entretener a niños inquietos o aburridos, según Graciela Montes, editora y autora de libros infantiles como Otroso *y* Las velas malditas.

Enarbolando la bandera en defensa de los libros para niños, que usualmente son tomados como un género menor, Graciela Montes da cinco infalibles soluciones para terminar con el "Ma, me aburro".

Su primera elección es un clásico: *Las aventuras de Huckleberry Finn*, de Mark Twain, porque "fluye como el propio Missisippi –su escenario–, entre el humor inclaudicable, la observación vívida del mundo y a veces la melancolía. Además, contiene una de las más bellas imágenes de la literatura universal: la precaria balsa en la que un negro esclavo y un niño pobre se empecinan en alcanzar la libertad". Montes recomienda la traducción al castellano editada por Colihue, en la serie "Los libros de Boris".

El siguiente es *El pequeño Nicolás*, de Sempé y Goscinny: "Un libro desopilante, irónico y lleno de frescura, que al mismo tiempo presenta una saludable sátira al mundo que rodea al niño, léase la escuela, los compañeros y los padres. Encuentro algo de Nicolás en un personaje adorable como Bart Simpson".

Montes, que en estos momentos edita, junto con otros escritores, *La Mancha* –una revista de debate sobre la literatura infantil–, continúa sin prisa, justificando concienzudamente sus elecciones. *Cuento negro para una noche negra*, de Clayton Bess, es "un planteo dramático, sin concesiones –y bello, además– de la situación límite en que nos coloca, a cada paso, tener que elegir entre aceptar y amar al otro, o protegerse del riesgo que supone entrar en tratos con él. No conozco otro libro que se anime a vérselas tan francamente con el conflicto sin simplificarlo en lo más mínimo".

Cartas a mis hijos, de Horacio Quiroga, es el cuarto que recomienda en una lista en la que el orden no determina prioridad. Allí encuentra "cartas cálidas y honestas en las que un padre les cuenta el mundo a sus hijos pequeños sin excluir de él el peligro, ni la lucha, ni la muerte. A mi modo de ver, muy superior al más famoso *Cuentos de la selva*".

Para terminar, a Montes le encantaría dar una larga lista de títulos escritos por narradores locales y de hoy, antes que tener que decidirse por uno. Pero finalmente elige *Los imposibles*, de su colega Ema Wolf, porque "hay maestría en la escritura, un humor punzante en la mejor tradición de Macedonio Fernández, y un ritmo y una economía perfectos." Y no se olvida de aclarar que lo elige "en representación de toda una rica literatura infantil contemporánea argentina, en la que hay al menos diez libros imperdibles de diversos autores."

P. M.

UN FRAGMENTO DE LA NOVELA

Crónica de la noche

El personaje Richard Garay –angloargentino y gay– cuenta su historia con el fondo político de la Argentina en los años de la dictadura y el comienzo de la democracia.

Colm Tóibín

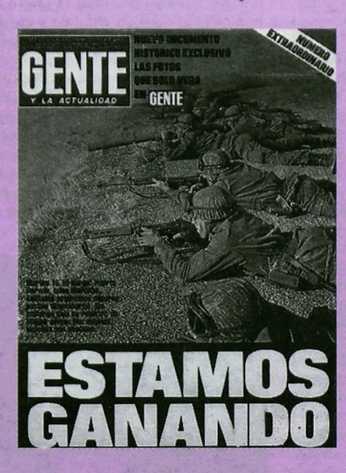
Rompí el hechizo cuando traje al primer hombre al departamento. Durante meses después de la muerte de ella, todo el verano, me sentía como si alguien hubiera anulado todos mis nervios. No sentía nada, deseo, hambre, sed, ni siquiera cansancio, sólo la habilidad de enfrentar con calma cada día, sin esperar nada.

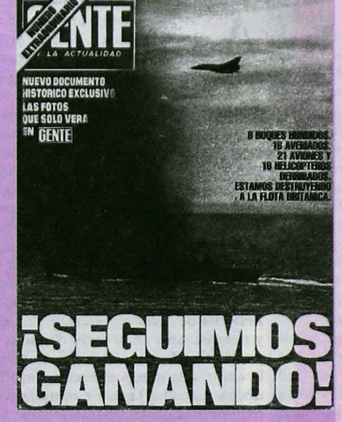
Regalé la ropa de mi madre. En el placard de su dormitorio encontré quinientos dólares en efectivo y una vieja cartera aplastada. Puse los billetes, que parecían demasiado pequeños para valer tanto dinero, en el bolsillo interno del saco del traje que me había puesto para el entierro y que no había vuelto a usar desde entonces; después cambié la mayor parte, y lo gasté lentamente. Durante el verano di menos clases. Dormía hasta tarde, me duchaba, caminaba un poco cerca de casa, me volvía a duchar, cocinaba, salía otra vez, al cine, o paseaba un poco más. No hablaba con nadie. Me hubiera encantado ir a alguna playa pero nunca logré hacerlo; trabajaba todas las tardes unas horas, y los fines de semana se llenaban de gente. Recuerdo que me sentía contento, tranquilo conmigo mismo, no exactamente feliz, pero como alguien que se acaba de recuperar de algo, alguien cuyas necesidades son mínimas. En ese entonces creía que siempre sería así.

Pero cuando llegó el otoño las cosas cambiaron: me despertaba por las mañanas y me quedaba acostado, pensando en sexo. Volví a masturbarme y a fantasear con hombres. Me había fijado en un alumno nuevo de la clase de las noches, cómo me escuchaba y me miraba. Descubrí que pensaba en él cuando me despertaba. A veces, al salir del edificio veía a un grupo de estudiantes en la puerta, hablando y riéndose. Notaba que me miraban y los saludaba con la cabeza o les sonreía y me iba para casa. Supongo que ninguno de ellos se daba cuenta de que estaba regresando a un departamento vacío y que pasaría el resto de la noche sentado en un viejo sillón en el pasillo mirando por la ventana. Trataba de mostrarme competente y controlado.

Una de esas noches, cuando caminaba hacia mi casa, doblé por Lavalle y noté una silueta que me observaba desde el quiosco de la esquina. Fue sólo un momento, una mirada fugaz y el contacto estaba hecho. Había pasado casi un año desde la última vez que hacía algo así. Tenía miedo, y porque tenía miedo estaba excitado. Me alejé de él con lentitud y después me di vuelta y lo miré: estaba de pie inmóvil. Era del piel clara y cabello marrón, tendría unos veinte años. Cuando se acercó, hablamos. Dijo que vivía con su familia; yo le contesté que también vivía con mi familia. Nos quedamos ahí, preguntándonos qué hacer. Recién cuando me di cuenta de que él podría irse le dije que mi departamento estaba vacío, que no había nadie. ¿Yo estaba seguro de que mi familia no volvería?, preguntó. Le dije que estaba seguro. El me miró como diciéndome que esto sería toco-y-me-voy, estaba decidiéndose, pero, a pesar de sus sospechas, me acompañaría. Luego caminamos hasta el edificio, subimos las escaleras y yo abrí la puerta del departamento como si fuera el dueño.

Creo que ése fue el primer cambio, la noche en que empecé a sentir apetitos otra vez. Y el año siguiente comenzó un ritmo. Conocí a un hombre que me habló de un sauna que no estaba lejos de mi trabajo. Al principio pensaba que no podría ir ahí, pero él me dijo que no había problemas; no todos eran gay y uno podía sentarse y mirar. Pasaron varios meses hasta que me animé a intentarlo, y al principio no hice nada, aprendí a descifrar señales; luego, poco a poco, se transformó en un lugar al que iba una o dos veces por semana. En esa época había que tener cuidado, pero, por lo general, las señales eran claras.





"La noche de la invasión fui a casa y prendí la televisión. Uno de los generales estaba dando un discurso. Estaba tan lleno de muletillas y de una retórica inflada sobre la Argentina y sus grandezas que lo apagué. No sé cuándo me di cuenta de que iba a haber una guerra."

Encontré un restaurante a dos cuadras al que iba solo con frecuencia. Algunas veces me encontraba con amigos de la universidad, o iba a tomar algo con otros profesores, o tomaba un café con los alumnos, pero la mayoría del tiempo estaba solo y me sentía razonablemente feliz. Nunca compraba el diario, salvo para leer qué daban en el cine; muy pocas veces encendía la televisión. Todos aprendían a ignorar lo que sucedía en público, como si no tuviera nada que ver con ellos. Supongo que había un clima de temor que todos percibíamos, pero ese miedo era como una corriente submarina; jamás aparecía en la superficie y no se mencionaba. Y nadie creía que algo fuera a cambiar.

Recuerdo esa mañana en que fui a tomar un café y leí un titular en el quiosco de la esquina que decía que habíamos tomado las Malvinas. Pero no compré el diario, ni pensé en eso. O el informe era falso –siempre había rumores de que íbamos a tomar las Malvinas– o no era importante. Recién cuando llegué al trabajo comencé a darme cuenta de que había pasado algo serio. Algunos de los profesores no sabían qué pensar de mí, porque yo era medio inglés y pensaban que tal vez podría estar en contra de que la Argentina hubiera tomado las islas por la fuerza. En realidad yo no tenía ningún punto de vista al respecto. Entré en mi aula y les di inglés a todos los alumnos como siempre. Ninguno mencionó las Malvinas.

Una vez, cuando era muy chico, llevé a casa mi primer atlas y mi madre se rió. Las Malvinas estaban demasiado grandes, dijo. En realidad, eran minúsculas, a nadie le importaban, pero sin embargo, en este atlas argentino las páginas referidas a la Argentina mostraban a las islas como extensiones significativas de terreno en el Atlántico Sur. Mi madre pensaba que ése era otro ejemplo de la falta de proporción y la extrema tontería que había en el corazón de la Argentina.

La noche de la invasión fui a casa y prendí la televisión. Uno de los generales estaba dando un discurso. Estaba tan lleno de muletillas y de una retórica inflada sobre la Argentina y sus grandezas que lo apagué. No sé cuándo me di cuenta de que iba a haber una guerra. No fue al día siguiente. Cené en el restaurante, donde ya me conocían; por lo general llevaba un libro, pero esta vez compré un diario de la mañana y lo leí mientras esperaba un bife. No creía que los ingleses hicieran otra cosa que protestas diplomáticas. *La Nación* parecía tener la seguridad de que nosotros retendríamos las islas. La fotografía de la bandera argentina en las Malvinas que estaba en primera plana no me conmovió. Volví caminando a casa pensando que la invasión era parte del mundo de fantasía que hacía que el ejército y la armada se sintieran importantes, pero que no le interesaba a nadie más. Esa noche no encendí la televisión.

Sin embargo, pronto me metí en el asunto. Empecé a escuchar los boletines informativos de la radio, compraba todos los diarios, incluyendo el *Buenos Aires Herald*, y los leía cuidadosamente durante el desayuno. En ese momento me di cuenta de que los ingleses iban a declararnos la guerra, pero seguía creyendo que las amenazas que hacían no eran serias; las islas eran demasiado pequeñas y lejanas para ellos. Pensé que todo terminaría en un arreglo entre los generales y los ingleses, y que ambos países detentarían soberanía sobre las islas durante un tiempo y después pasarían a la Argentina. Ese día, en el trabajo, seguía sin hablarse mucho de las Malvinas.

Pero algo estaba cambiando en la atmósfera de la ciudad, algo real y nítido e inconfundible. De pronto, los diarios y la radio se volvían interesantes, como si se le hubiera agregado una nueva dimensión a nuestro mundo y la gente se hubiera reinsertado en la vida pública. Ya nadie necesitaba hablar en código o quedarse en silencio, o limitar las conversaciones a las vacaciones en el extranjero y las inflaciones futuras. Ahora podíamos usar nuestros nombres, decir las palabras Galtieri o Lami Dozo en la sala de profesores o en las aulas. Podíamos hablar sobre el gobierno en los bares. Nadie se oponía a la invasión: era obvio que las islas pertenecían a la Argentina, cualquiera que mirara un mapa se daría cuenta de eso, ahora lo sabía todo el mundo.♣

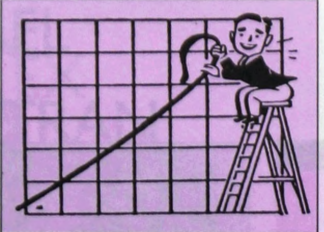


LOS EXPEDIENTES X

Enigmáticos episodios de la vida literaria

La inexacta matemática de los eventos sociales: lo más aburrido de las presentaciones de libros resulta ser, por lo general, la presentación en sí, ese momento en el que alguien dice unas palabras y –ventaja interactiva– el público de la primeras filas desarrolla extensas preguntas-tesis. El jueves 19 en el ICI, cuando Arturo Pérez-Reverte presentó *Limpieza de sangre*, la situación fue distinta: no hubo preguntas del público pero sí algo más aburrido: a alguien se le ocurrió amenizar con una representación teatral de la novela, en la que el capitán Alatriste y el mismísimo Francisco de Quevedo discurrían, en traje y moñito, sobre la una vez gloriosa España. Paréntesis: Quevedo es junto a Alatriste el protagonista de la novela. Y una debilidad de Pérez-Reverte, quien repitió: "Un soneto de Quevedo vale más que todo Shakespeare, y esto no es orgullo imperial sino de mi cultura hispana. He visto a Quevedo en una esquina de Madrid. Y si no lo hubiera visto, no hubiese podido escribir el libro". Después: "A Góngora lo detesto". Después, la representación. Que Góngora hubiera disfrutado. Miércoles 25 en el Museo de Rock. La editorial Biblos presenta la flamante Biblioteca de las Mujeres y el museo está repleto de mujeres, señoras, madres, hombres, padres y Señoras. Y niños. Un disc-jockey musicaliza los cincuenta y cinco minutos de demora con canciones de intérpretes femeninas. *Mise en abîme*: una niña con vestido de tweed y zapatitos kickers y una carterita hippie-peruana de bandolera, sentada junto a papá aburrido y mamá ansiosa. Cincuenta y cinco minutos después, Fernanda toma el micrófono y dice "Hola, soy Fernanda y voy a leer algo cortito". Lee el proyecto presentado por la diputada Goñi para declarar de interés parlamentario uno de los libros de la colección, *Mujeres que escriben sobre mujeres (que escriben)*. Aplausos. Visto bueno del público y entonces la mismísima diputada Goñi hace su aparición para explicar los desinteresados engranajes del poder legislativo: "Voy a ser breve y dar dos razones por las que presenté este proyecto. Primero la amistad y la admiración que siento para con Cecilia Secreto, y no sólo por la amistad sino por su lucha por la mujer desde la literatura". Quizá por el entusiasmo de ser breve, la segunda razón nunca llega. Entonces comienza la presentación, pero la diputada ya ha dejado el edificio, y es poco lo que se puede oír desde donde está ubicada esta columna: en el Museo del Rock lo que falla es el sonido, el micrófono acopla y un bebé ejercita el más salvaje primal scream lennoniano. Una mujer de la última fila se corta y se lima las uñas. Termina la presentación. La gente –aunque no mujeres y niños primero– se arroja sobre los sandwiches, las gaseosas y los vinos. Mientras todos beben, el (¿la?) disc-jockey decide cerrar la presentación de la Biblioteca de la Mujer con "Luka", de Susanne Vega, breve koan musical sobre la mujer golpeada. A las once de la mañana siguiente, en La Bodega –sótano del Café Tortoni– ya están todos tomando champagne. Hay gente de radios, cámaras de televisión, empanadas, panes de queso, está María Kodama y sólo falta el español Víctor Freixanes, director general de Alianza, que no está ahí porque, dicen, está aterrizando en Ezeiza. Cumplida la demora de rigor –50 minutos–, el maître ordena a los mozos que el batallón de bandejas se repliegue a la cocina y, con la infinidad de chasquidos de una bandeja de copas estrellándose contra el suelo, empieza la presentación de la Colección Jorge Luis Borges, ediciones de bolsillo para venta en quioscos. A las doce y cuarto Freixanes aterriza en el sótano y agradece a todos la presencia.

J. I. B.



BOCA DE URNA

Esta semana, los libros más vendidos en Librería Ross, de Rosario.

Ficción

1. El alquimista,
Paulo Coelho
(Planeta, $ 14)

2. Afrodita,
Isabel Allende
(Sudamericana, $ 24,90)

3. El anatomista,
Federico Andahazi
(Planeta, $ 17)

4. La quinta montaña,
Paulo Coelho
(Planeta, $ 17)

5. La matriz del infierno,
Marcos Aguinis
(Sudamericana, $ 22)

6. Plata quemada,
Ricardo Piglia
(Planeta, $ 17)

7. El albergue de las mujeres tristes,
Marcela Serrano
(Alfaguara, $ 20)

8. El rancho,
Danielle Steel
(Plaza & Janés, $ 16)

9. La vida ese paréntesis,
Mario Benedetti
(Seix Barral, $ 14)

10. El sueño de Ursula,
María Negroni,
(Seix Barral, $ 17)

No Ficción

1. El grito sagrado,
Pacho O'Donnell
(Sudamericana, $ 14)

2. La inteligencia emocional,
Daniel Goleman
(Javier Vergara, $ 22)

3. Sostiene Pinti,
Enrique Pinti
(Sudamericana, $ 13)

4. La filosofía. Una invitación a pensar,
Jaime Barylko
(Planeta, $ 18)

5. El amor inteligente,
Enrique Rojas
(Planeta, $ 17)

6. Historias asombrosas pero reales,
Víctor Sueiro
(Planeta, $ 17)

7. El país de las maravillas,
Mempo Giardinelli
(Planeta, $ 20)

8. Un mundo sin periodistas,
Horacio Verbitsky
(Planeta, $ 20)

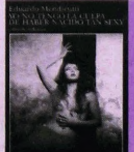
9. Los nuevos ricos de la Argentina,
Luis Majul
(Sudamericana, $ 20)

10. El oro nazi,
Jean Ziegler
(Planeta, $ 22)

¿Por qué se venden estos libros?

La responsable de relaciones públicas de Ross, María Fernanda Mainelli, cree que "ante la incertidumbre de lo que vendrá, la gente se vuelca a la lectura de libros *espirituales* o de autoayuda. *El alquimista*, *La inteligencia emocional* o *El amor inteligente* se encuentran a la cabeza de estas preferencias". Otra tendencia que percibe en la librería es "la búsqueda de novelas policiales, de suspenso o románticas, al estilo de Sidney Sheldon, Isabel Allende o Angeles Mastretta", agrega, antes de citar al último, previsible, inevitable subgénero: "Los lectores también se han inclinado masivamente hacia la narrativa histórica argentina".

Carne trémula



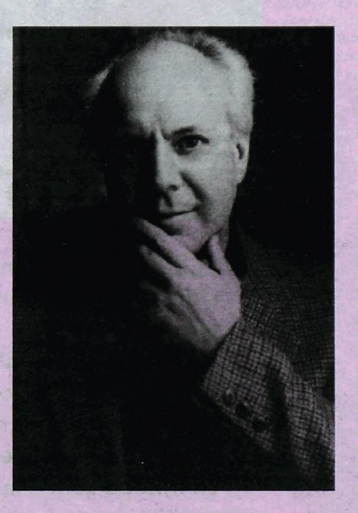
YO NO TENGO LA CULPA DE HABER NACIDO TAN SEXY
Eduardo Mendicutti
Tusquets, Barcelona, 1997
274 páginas, $ 19

Juan Ignacio Boido

A ver: *Yo no tengo la culpa de haber nacido tan sexy.* Pero el problema no es lo sexy sino lo largo. O mejor, y peor: el problema es lo largo que se vuelve el problema de ser tan sexy. El título es largo e ingenioso, y funcionará, seguramente, como potente centro gravitatorio en las mesas de las librerías, atrayendo gente que llegará a levantarlo y a hojearlo. Y, una vez hojeado o no, incluso a comprarlo. Es más: el título posee el cándido encanto de los títulos largos y ocurrentes; y la idea de la historia que se propone contar es, al menos, más que interesante: un transexual nacido Jesús López Soler y operada y transformada en Rebecca de Windsor, después de exitosos y desgastantes años en el negocio del espectáculo, descubre la efímera solidez de la carne y la gracia eterna del espíritu y decide transitar las siete moradas de la experiencia mística para elevarse y abrazar la santidad.

Ese es el panorama prometido que finalmente lleva a la séptima novela del español Eduardo Mendicutti a ser, por momentos, entretenida. Pero, una vez transitadas las 274 páginas, resulta natural comparar la promesa del tamaño y la forma del paquete con el regalo contenido, y resulta que uno se ha divertido, aunque no era sólo eso lo que debía suceder. Lo que sí ha sucedido es que se hace largo y sinuoso el camino que va de la "novela entretenida" que se lee a la "novela a la vez dura y conmovedora, con extraordinaria sabiduría y sutileza" prometida en la solapa. Y he ahí el más desilusionado y menos culposo reclamo que se le puede hacer a *Yo no tengo la culpa de haber nacido tan sexy*: haber desaprovechado una gran historia que parecía poder extraer algo más del género Novela con Travesti, al que ya se le han rendido sentidos homenajes desde lugares tan lejanos como el Japón de Banana Yoshimoto en *Kitchen* y el Chile de José Donoso en *El lugar sin límite*.

Con el libro, en definitiva, sucede lo que sucede con Rebecca de Windsor: detrás de cierta sofisticación, detrás de una pluma por demás colorida y empapada de barroquismo a la hora de los ornamentos emocionales, detrás de ciertas pretensiones lisérgico-espirituales al estilo Reinaldo Arenas en *El mundo alucinante*, las cosas no resultan ser lo que



parecen. La idea de organizar en siete capítulos el peregrinaje por cada uno de los siete monasterios y hostales religiosos, a manera de moradas, termina presentando el mismo problema que esas películas de asesinos seriales en las que el *psycho* en cuestión debe matar a varios y cometer los suficientes errores para ser apresado en no más de dos o tres horas, sólo porque la película debe terminar. Así, cada capítulo resulta una excusa repleta de pequeños y aceitados equívocos que permiten salir de un convento con el tiempo –pero no el tempo– justo para entrar en el siguiente. Al menos, durante esos equívocos sin demasiada importancia el libro se ilumina y revela dos o tres historias de paso, infinitamente más espirituales, sabias y sutiles aunque menos entretenidas que el trip pseudorreligioso de Rebecca.

Lástima que esas historias no duren demasiado. Y por momentos –por páginas, casi por capítulos: en el cuarto, por ejemplo–, lejos de la iluminación, se entra en una afable letanía de oraciones-párrafo hábilmente cosidas con comas, durante las que se pasan las hojas sin que pase nada, nada muy distinto de lo que venía pasando. Y cuando parece llegar alguna de esas escenas en las que la peregrina y ascética Rebecca se parte en dos y se hunde en las profundidades de la existencia y las esperadas "Sabiduría y Sutileza" prometen hacer su aparición, entonces, en ese momento, todo adquiere la profundidad de un charco cuyo principal afluente es la vanidad de que lo vean tan sexy y la llamen "señora" o, mejor, "señorita". Rebecca –a pesar de sus esfuerzos– apenas logra ser algo más que un transexual calentón e ingenioso, demasiado preocupada por las tendencias de la próxima temporada otoño/invierno. La tapa, la idea y el título no son la punta de ese iceberg que podría haber sido más grande, más filoso y más divino. Nada hay debajo de lo que se lee, y de eso sí que tiene la culpa.♣

FONTANARROSA AÑEJO

Martín Pérez

Ultra, precursor de Boogie

Mercenarios ajusticiados por la espalda con un torpedo, pájaros cantores de tango y vacas sagradas enamoradas. No siempre se tiene el privilegio de ver las primeras marcas de un artista en gestación. Porque eso es *Ultra*, la primera gran obra de un rosarino llamado Roberto Fontanarrosa, que cuando decidió comenzar a bosquejarla con absoluta libertad —hacia el comienzo de los años '70— apenas si soñaba con abandonar su trabajo en una agencia de publicidad para dedicarse al dibujo humorístico. O al sueño de un adolescente fascinado por Hugo Pratt.

Después de su iniciación en la revista *Boom* y antes de su consagración en *Hortensia*, Fontanarrosa y *Ultra* cargaron con un destino de inéditos durante más de dos décadas —con apenas doce páginas publicadas en la efímera y voluntariosa revista *Tinta*, dirigida por Sergio Kern hacia fines de los años '70, y un amago de edición a cargo de Galerna— hasta llegar a este flamante volumen a cargo de la editorial de la Universidad Nacional de Rosario.

Durante las setenta desquiciadas páginas de esta historieta realizada a rotring —ni un fondo negro, ni una sombra—, Ultra comienza luchando a bazoocazo y patada limpia, pero termina como privilegiado espectador de un amplio desfile de personajes: un pirata turco empecinado en abordar un portaaviones, una niña fantasma que juega a la ronda en un desierto, un asesino gay que termina enamorado de su víctima y siguen las firmas. Un recorrido que prefigura el camino similar que terminaría realizando —en un tiempo más prolongado, claro— el aceitoso Boogie, del que Ultra es una suerte de boceto, al que ofrendará incluso alguna de sus frases más duras ("algún día compraré un chino y un negro para sacar cría", pensará Ultra, y luego también Boogie). Desatado homenaje a James Bond y Richard Lester, Ultra también anticipa al mercenario sirio Best Seller, que Fontanarrosa presentó en sus dos primeras novelas: *Best Seller* y *El Area 18*.

Pero es también fiel reflejo de una época, los '70, aquella década de solapas anchas y barba larga, en la que Fontanarrosa firmaba un chiste en el que un cliente de un bar levantaba sus dedos índice y medio para pedirle al mozo dos cafés, algo que el muchacho de blanco respondía con un entusiasta "Sí, señor, Viva Perón". Contando la historia de un agente secreto en busca de La Bomba —"¿qué potencia tiene?", pregunta Ultra; "Toda", le responden—, la asociación libre de Fontanarrosa recorre casi todos los tópicos. *Ultra* es un virtual catálogo de gags: surrealistas, ingenuos y drogones (sus páginas esconden la primera alusión directa a la marihuana de la historieta local). Leerla es entregarse a una libertad por momentos envidiable, otras veces irritante. Como la época que refleja. "Una historieta realizada en 1972", avisa la portada de *Ultra*. Y el que avisa no es traidor.





BOCA DE URNA

Esta semana, los libros más vendidos en Librería Ross, de Rosario.

Ficción

1. **El alquimista,** Paulo Coelho (Planeta, $ 14)
2. **Afrodita,** Isabel Allende (Sudamericana, $ 24,90)
3. **El anatomista,** Federico Andahazi (Planeta, $ 17)
4. **La quinta montaña,** Paulo Coelho (Planeta, $ 17)
5. **La matriz del infierno,** Marcos Aguinis (Sudamericana, $ 22)
6. **Plata quemada,** Ricardo Piglia (Planeta, $ 17)
7. **El albergue de las mujeres tristes,** Marcela Serrano (Alfaguara, $ 20)
8. **El rancho,** Danielle Steel (Plaza & Janés, $ 16)
9. **La vida ese paréntesis,** Mario Benedetti (Seix Barral, $ 14)
10. **El sueño de Ursula,** María Negroni, (Seix Barral, $ 17)

No Ficción

1. **El grito sagrado,** Pacho O'Donnell (Sudamericana, $ 14)
2. **La inteligencia emocional,** Daniel Goleman (Javier Vergara, $ 22)
3. **Sostiene Pinti,** Enrique Pinti (Sudamericana, $ 13)
4. **La filosofía. Una invitación a pensar,** Jaime Barylko (Planeta, $ 18)
5. **El amor inteligente,** Enrique Rojas (Planeta, $ 17)
6. **Historias asombrosas pero reales,** Víctor Sueiro (Planeta, $ 17)
7. **El país de las maravillas,** Mempo Giardinelli (Planeta, $ 20)
8. **Un mundo sin periodistas,** Horacio Verbitsky (Planeta, $ 20)
9. **Los nuevos ricos de la Argentina,** Luis Majul (Sudamericana, $ 20)
10. **El oro nazi,** Jean Ziegler (Planeta, $ 22)

¿Por qué se venden estos libros?

La responsable de relaciones públicas de Ross, María Fernanda Mainelli, cree que "ante la incertidumbre de lo que vendrá, la gente se vuelca a la lectura de libros *espirituales* o de autoayuda. *El alquimista*, *La inteligencia emocional* o *El amor inteligente* se encuentran a la cabeza de estas preferencias". Otra tendencia que percibe en la librería es "la búsqueda de novelas policiales, de suspenso o románticas, al estilo de Sidney Sheldon, Isabel Allende o Angeles Mastretta", agrega, antes de citar al último, previsible, inevitable subgénero: "Los lectores también se han inclinado masivamente hacia la narrativa histórica argentina".

Carne trémula



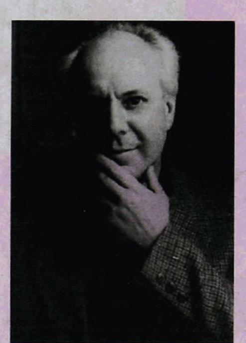
YO NO TENGO LA CULPA DE HABER NACIDO TAN SEXY
Eduardo Mendicutti
Tusquets, Barcelona, 1997
274 páginas, $ 19

Juan Ignacio Boido

A ver: *Yo no tengo la culpa de haber nacido tan sexy.* Pero el problema no es lo sexy sino lo largo. O mejor, y peor: el problema es lo largo que se vuelve el problema de ser tan sexy. El título es largo e ingenioso, y funcionará, seguramente, como potente centro gravitatorio en las mesas de las librerías, atrayendo gente que llegará a levantarlo y a hojearlo. Y, una vez hojeado o no, incluso a comprarlo. Es más: el título posee el cándido encanto de los títulos largos y ocurrentes; y la idea de la historia que se propone contar es, al menos, más que interesante: un transexual nacido Jesús López Soler y operada y transformada en Rebecca de Windsor, después de exitosos y desgastantes años en el negocio del espectáculo, descubre la efímera solidez de la carne y la gracia eterna del espíritu y decide transitar las siete moradas de la experiencia mística para elevarse y abrazar la santidad.

Ese es el panorama prometido que finalmente lleva a la séptima novela del español Eduardo Mendicutti a ser, por momentos, entretenida. Pero, una vez transitadas las 274 páginas, resulta natural comparar la promesa del tamaño y la forma del paquete con el regalo contenido, y resulta que uno se ha divertido, aunque no era sólo eso lo que debía suceder. Lo que sí ha sucedido es que se hace largo y sinuoso el camino que va de la "novela entretenida" que se lee a la "novela a la vez dura y conmovedora, con extraordinaria sabiduría y sutileza" prometida en la solapa. Y he ahí el más desilusionado y menos culposo reclamo que se le puede hacer a *Yo no tengo la culpa de haber nacido tan sexy*: haber desaprovechado una gran historia que parecía poder extraer algo más del género Novela con Travesti, al que ya se le han rendido sentidos homenajes desde lugares tan lejanos como el Japón de Banana Yoshimoto en *Kitchen* y el Chile de José Donoso en *El lugar sin límite.*

Con el libro, en definitiva, sucede lo que sucede con Rebecca de Windsor: detrás de cierta sofisticación, detrás de una pluma por demás colorida y empapada de barroquismo a la hora de los ornamentos emocionales, detrás de ciertas pretensiones lisérgico-espirituales al estilo Reinaldo Arenas en *El mundo alucinante*, las cosas no resultan ser lo que parecen. La idea de organizar en siete capítulos el peregrinaje por cada uno de los siete monasterios y hostales religiosos, a manera de moradas, termina presentando el mismo problema que esas películas de asesinos seriales en las que el *psycho* en cuestión debe matar a varios y cometer los suficientes errores para ser apresado en no más de dos o tres horas, sólo porque la película debe terminar. Así, cada capítulo resulta una excusa repleta de pequeños y aceitados equívocos que permiten salir de un convento con el tiempo –pero no el tempo– justo para entrar en el siguiente. Al menos, durante esos equívocos sin demasiada importancia el libro se ilumina y revela dos o tres historias de paso, infinitamente más espirituales, sabias y sutiles aunque menos entretenidas que el trip pseudorreligioso de Rebecca.



Lástima que esas historias no duren demasiado. Y por momentos –por páginas, casi por capítulos: en el cuarto, por ejemplo–, lejos de la iluminación, se entra en una afable letanía de oraciones-párrafo hábilmente cosidas con comas, durante las que se pasan las hojas sin que pase nada, nada muy distinto de lo que venía pasando. Y cuando parece llegar alguna de esas escenas en las que la peregrina y ascética Rebecca se parte en dos y se hunde en las profundidades de la existencia y las esperadas "Sabiduría y Sutileza" prometen hacer su aparición, entonces, en ese momento, todo adquiere la profundidad de un charco cuyo principal afluente es la vanidad de que lo vean tan sexy y la llamen "señora" o, mejor, "señorita". Rebecca –a pesar de sus esfuerzos– apenas logra ser algo más que un transexual calentón e ingenioso, demasiado preocupada por las tendencias de la próxima temporada otoño/invierno. La tapa, la idea y el título no son la punta de ese iceberg que podría haber sido más grande, más filoso y más divino. Nada hay debajo de lo que se lee, y de eso sí que tiene la culpa.♣

FONTANARROSA AÑEJO

Martín Pérez

Ultra, precursor de Boogie

Mercenarios ajusticiados por la espalda con un torpedo, pájaros cantores de tango y vacas sagradas enamoradas. No siempre se tiene el privilegio de ver las primeras marcas de un artista en gestación. Porque eso es *Ultra*, la primera gran obra de un rosarino llamado Roberto Fontanarrosa, que cuando decidió comenzar a bosquejarla con absoluta libertad —hacia el comienzo de los años '70— apenas si soñaba con abandonar su trabajo en una agencia de publicidad para dedicarse al dibujo humorístico. O al sueño de un adolescente fascinado por Hugo Pratt.

Después de su iniciación en la revista *Boom* y antes de su consagración en *Hortensia*, Fontanarrosa y *Ultra* cargaron con un destino de inéditos durante más de dos décadas —con apenas doce páginas publicadas en la efímera y voluntariosa revista *Tinta*, dirigida por Sergio Kern hacia fines de los años '70, y un amago de edición a cargo de Galerna— hasta llegar a este flamante volumen a cargo de la editorial de la Universidad Nacional de Rosario.

Durante las setenta desquiciadas páginas de esta historieta realizada a rotring —ni un fondo negro, ni una sombra—, Ultra comienza luchando a bazoocazo y patada limpia, pero termina como privilegiado espectador de un amplio desfile de personajes: un pirata turco empecinado en abordar un portaaviones, una niña fantasma que juega a la ronda en un desierto, un asesino gay que termina enamorado de su víctima y siguen las firmas. Un recorrido que prefigura el camino similar que terminaría realizando —en un tiempo más prolongado, claro— el aceitoso Boogie, del que Ultra es una suerte de boceto, al que ofrendará incluso alguna de sus frases más duras ("algún día compraré un chino y un negro para sacar cría", pensará Ultra, y luego también Boogie). Desatado homenaje a James Bond y Richard Lester, Ultra también anticipa al mercenario sirio Best Seller, que Fontanarrosa presentó en sus dos primeras novelas: *Best Seller* y *El Area 18.*

Pero es también fiel reflejo de una época, los '70, aquella década de solapas anchas y barba larga, en la que Fontanarrosa firmaba un chiste en el que un cliente de un bar levantaba sus dedos índice y medio para pedirle al mozo dos cafés, algo que el muchacho de blanco respondía con un entusiasta "Sí, señor, Viva Perón". Contando la historia de un agente secreto en busca de La Bomba —"¿qué potencia tiene?", pregunta Ultra; "Toda", le responden—, la asociación libre de Fontanarrosa recorre casi todos los tópicos. *Ultra* es un virtual catálogo de gags: surrealistas, ingenuos y drogones (sus páginas esconden la primera alusión directa a la marihuana de la historieta local). Leerla es entregarse a una libertad por momentos envidiable, otras veces irritante. Como la época que refleja. "Una historieta realizada en 1972", avisa la portada de *Ultra.* Y el que avisa no es traidor.



Mersonas en la sala



LA CRIADA
Isabel Marie
Andrés Bello, Barcelona, 1997
149 páginas, $ 10

Alan Pauls

La criada es una novela "perversa". Su ambigüedad, sus claroscuros sensuales, su denodada voluntad de inquietar: todo descansa en el efecto empalagoso y *naïf* de ese entrecomillado, pariente directo de los susurros femeninos de una trasnoche de FM y de la expresividad superciliar que desfiguraba los rostros de las vampiresas en el cine softporno de la década del 70. Un erotismo "al segundo grado" –ese deporte francés–, de vuelta de todo, a la vez canchero y existencialista, donde los avatares del deseo brillan con la luz satinada de una producción de modas *risquée.*

Y sin embargo, ¡cuánta evocación cabe en este breve relato libertino! Basta hojearlo –no es exactamente una lectura lo que reclaman sus frases cortas, sus párrafos indigentes, esos finales de capítulo ("Otra cosa me tenía atrapada", "Todo cambió desde ese instante", "No pensaba dejarle la última palabra") que vibran en el aire como latigazos de telenovela antes de la tanda– para que un ecléctico seleccionado de plumas licenciosas empiece a desperezarse. Ahí vienen Pauline Réage y Emmanuelle Arsan, cansadas por el largo viaje que las arrancó de la época de oro *(Historia de O, Emmanuelle)* para depositarlas entre las páginas del libro de Isabel Marie. Viene un exánime Georges Bataille, o más bien los jirones de su espectro enfermizo proyectados en una película de Tinto Brass o Adrian Lyne. Llega el Yazuhiro Tanizaki del *Diario de un viejo*, tímido y cortés, aunque algo desconcertado por el destino inocuo que Marie previó para sus tortuosidades. También llega Marguerite Duras, infalible y a los tropezones, aunque acaso sólo el lector devoto y vengativo alcance a reconocer la desesperación de sus grandes *amours fous* en el laconismo sobreactuado de *La criada.* Semejante poder de convocatoria debería alertarnos. La novela de Isabel Marie no es kitsch (carece del humor y hasta del mal gusto necesarios para aspirar a la categoría): es mersona, viejo adjetivo argentino que vuelve de la muerte para vengarse.

Con sus espesas pátinas de cultura, de autoconciencia y de credulidad, *La criada* compendia todos los lugares comunes del *neomersa erótico*, género francófono por excelencia que lleva el entrecomillado a su apoteosis: situaciones "abstractas", atmósferas "enrarecidas", sexualidad "loca", contratos "equívocos", "intercambio" de "identidades", goces "inefables", vacío "existencial", "secretos", pasados "ominosos"... La novela de Isabel Marie perfila el axioma básico de la nueva estética mersa: nada es lo que parece ser sino "otra" cosa, más perturbadora y más amenazante, que duplica lo que es del mismo modo infantil en que los fantasmas duplicaban las imágenes en los viejos televisores de antena.

En otras palabras, la sofisticación como un arte del eco y de la sugerencia, viejo dogma en el que se amparan los bienpensantes para oponer la finura del erotismo a la brutalidad literal de la pornografía: no decirlo todo, insinuar, rozar (sólo rozar) el misterio, llegar hasta el borde y detenerse... La voluptuosidad neomersa de *La criada* está hecha de intenciones veladas, gestos en suspenso, dobles sentidos que acechan y todo ese repertorio de esfumados ambivalentes que el cine erótico suele resumir en luces tenues, deshabillés vaporosos y cortinas de voile barridas por brisas tórridas. El problema –el punto ciego del efecto neomersa– es que esas otras dimensiones que la novela promete son tan flagrantes y previsibles como las que proclama. La ambigüedad se vuelve redundancia, el misterio un secreto a voces y la perturbación una forma trivial de matar el tiempo, el hobby de una universitaria insatisfecha que busca nuevos mercados para su saber.



EN *LA CRIADA*, ISABEL MARIE COMPENDIA LOS LUGARES COMUNES DEL "NEOMERSA ERÓTICO".

Esa es la parábola que trazan las aventuras de Sarah, la heroína de *La criada*, flamante doctora en filosofía que decide alistarse en el servicio doméstico para realizar algunas utopías de la contemporaneidad posentusiasta: la apatía, el desapego, el anonimato. Pero del dicho al hecho hay 150 páginas de trecho, y Sarah *hace carrera*: cambia el plumero y el odex por la pasión adúltera (primero) y por un platónico romance lesbiano (después); abandona la indiferencia, descubre el goce de la manipulación y se convierte en una versión paródica de la marquesa de Merteuil; por fin, *last but not least*, archiva su polvoriento currículum teórico y tropieza como por casualidad con un promisorio destino de escritora de ficciones eróticas. Novela de iniciación, *La criada* parece reescribir, sin omitir ninguna de sus desdichas, el itinerario de muchos de los héroes del pensamiento literario francés de fin de los '60: de la teoría dura a la ficción fláccida, del sabotaje del relato a la fluidez academicista, del furor intertextual a la erudición de supermercado *mid cult*, de la *rive gauche* radical al confortable Quai d'Orléans.

He aquí la dimensión inesperadamente "testimonial" de *La criada*, suerte de *Teorema* pasada por agua donde las subversiones de Pasolini se vuelven mullidas como *chaises longues.* Experta en saldos y retazos, Isabel Marie acopia restos de jergas, harapos conceptuales y vestigios de problemáticas de época (el tándem cuerpo/escritura es sin duda su favorito); los convierte en logotipos del erotismo cultural *fashion* y después, debidamente macerados en el almíbar "posfeminista" de su prosa, los lanza al mundo como lo que son: destellos enfáticos del neomersa francés contemporáneo.♣

Africa suya



AL OESTE CON LA NOCHE
***Beryl Markham**, traducción de Liliana Piastra*
Emecé, Buenos Aires, 1998
314 páginas, $ 17

Dolores Graña

Podría pensarse a Beryl Markham como la hermana sarcástica de Isak Dinesen: la desautoriza, se ríe de todo el mundo y encima le roba los novios. La aparición de Lord Delamere, el Barón Blixen y Denys FinchHatton, ex vecino, ex marido y ex amante, respectivamente, de Dinesen, hacen de *Al oeste con la noche* una suerte de versión deformada de *Memorias de Africa.* A la vez, Markham pinta al continente de forma mucho más terrenal: indiferente, a veces cruel y siempre inabarcable, pero con una dimensión totalmente humana.

La autora vivió en Africa hasta los 35 años, tiempo durante el cual fue acompañante amateur a las expediciones de caza de los nandi-murani, cuidadora de caballos de carrera, y finalmente, piloto profesional en lo que en esos momentos eran Sudán, Kenia, Tanganika y Rhodesia. En 1936 alcanzó la fama por ser la primera persona que cruzó el Atlántico sola, volando desde Inglaterra hasta Canadá –de ahí el título– no sin antes casi morir una docena de veces por desperfectos técnicos.

Así como todos los caminos conducen a Roma, cualquier tipo de fama lleva invariablemente a Hollywoodland. Beryl Markham no fue la excepción. Allí conoció y se casó con Raoul Schumacher, un oscuro periodista. En 1942 publicó este libro de memorias, con éxito instantáneo. También instantáneamente, *Al oeste con la noche* fue adjudicado a la oscura pluma de Raoulito. Si la autora pataleó o no, nada se sabe. Pero Ernest Hemingway fue tajante: "La conocí bastante bien en Africa y jamás sospeché que fuera capaz de escribir otra cosa que las anotaciones en su libro de vuelo. Así y todo, ha escrito tan bien, tan maravillosamente bien, que estoy avergonzado de mí mismo como escritor".

Al oeste con la noche es un manual de supervivencia en tiempos ya enterrados. El Africa de Markham es imaginaria: una utopía de girl-scout ya crecida, con códigos de honor, buenos salvajes, inverosímiles aventuras y safaris multitudinarios. También es un relato encantador y lleno de vida, una suerte de las *Mil y Una Noches* africanas, donde el narrador no es otro que el continente mismo y la autora, una atenta escriba nativa. Porque Beryl Markham es indudablemente africana, a pesar de su pasaporte británico.

Durante su vida en Kenia, la autora contempló la muerte de una forma de vida y el nacimiento de otra: el germen de la Segunda Guerra Mundial, la muerte del sueño del Imperio y la *Pax Brittanica.* Markham acierta las causas: "Africa se acercaba día a día. Pero era vieja y estaba cansada del tiempo. Y había aprendido a dejar que el mundo diera vueltas alrededor".

Beryl Markham murió en 1986. La solapa de *Al oeste con la noche* recalca las románticas circunstancias: pobre y alcoholizada, pero en Kenia. De nuevo y para siempre.♣

EL EXTRAPARTIDARIO

Los escritores leen, se sabe. Y los músicos, a juzgar por Andrés Calamaro, parece que también.

"No soy un verdadero lector": así define Andrés Calamaro su relación con los libros. No porque su vida como músico le quite todo el tiempo. "Puedo pasar semanas enteras sin estar leyendo un libro. Soy bastante haragán con la lectura". Aunque no se considere buen lector, es lector al fin, ya que cada vez que programa una gira, los libros son parte del equipaje. "Antes de salir, me gusta pasar por una buena librería de Madrid y comprar algunos libros. Hay lecturas densas que no se pueden llevar. Pero Bukowski, por ejemplo, en las giras ayuda bastante".

Para la presentación de *Alta Suciedad*, Calamaro sale a escena con tres libros teloneros: "Una novela de Philip Carr, *El infierno digital.* Es una historia sangrienta dentro de un edificio superinteligente. A mi mujer, Mónica, le pareció malísimo". Casi al final del recorrido que lo llevó por Perú, Uruguay, Paraguay y el interior del país, y que terminará el próximo 3 de abril en el Luna Park, Calamaro nombra el segundo ejemplar que lo acompaña: *Cruzando el paraíso*, de Sam Shepard, cuya lectura aún está inconclusa. "Lo estoy leyendo de a poquito para que no se me termine".

El último libro es *Oráculo para los derrotados* de Emil Cioran, uno de sus favoritos en España. "Ya lo tenía, pero compré otro ejemplar para leerlo acá. Para mí es un libro de consulta permanente. Otro de Cioran que también me gusta mucho es *Silogismos de la amargura*, que lo acaban de reeditar y que es más fácil de conseguir". Tanto fervor por este autor tiene una explicación sencilla: "Cioran está a la altura de Bob Dylan."

"Y antes de venir para acá terminé *El tren de la noche*, de Martin Amis, que me encantó, pero hubiera preferido que tuviera algunas páginas más". Promete leer un Amis más gordito, *Campos de Londres*, y agrega, cerrando el capítulo Amis: "Desde que leí *La flecha del tiempo* me siento cada día más joven".

P.M.



PSICOLOGIA

El campo de la salud mental no ha sido ajeno a la transformación del Estado y su impacto sociocultural, sabe Emiliano Galende, docente de Psiquiatría y actual director de la Maestría en Salud Mental Comunitaria de la Universidad Nacional de Lanús. A partir de su experiencia clínica e institucional, en *De un horizonte incierto* (Paidós, $ 23), analiza el impacto que las transformaciones de lo público y lo privado han provocado en los individuos y en los nuevos rumbos de la salud mental. "Estamos asistiendo al surgimiento de nuevos rasgos en los comportamientos de la cultura, de modalidades novedosas en los vínculos humanos, de formas de sociabilidad que cuestionan aspectos clave del lazo social (...), de transformaciones en el Estado que han modificado profundamente la organización de los ámbitos de lo público y lo privado." Saliendo de la microscopía clínica –como la llama–, pero sin depreciarla, Galende recorre las nuevas problemáticas (violencia familiar o social, trastornos somáticos, maltrato de niños, terror a la exclusión social) y las consecuencias de la retirada estatal: "El proceso de privatización está dirigido a hacer entrar a la salud en los criterios económicos del mercado (...), generando un avance del sector privado que comienza a ocupar un lugar importante en el dictado de las políticas en salud". El libro no es sólo un rosario de quejas: Galende, también, intenta pensar estas nuevas reglas de juego.

Mersonas en la sala



LA CRIADA
Isabel Marie
Andrés Bello, Barcelona, 1997
149 páginas, $ 10

Alan Pauls

La criada es una novela "perversa". Su ambigüedad, sus claroscuros sensuales, su denodada voluntad de inquietar: todo descansa en el efecto empalagoso y *naïf* de ese entrecomillado, pariente directo de los susurros femeninos de una trasnoche de FM y de la expresividad superciliar que desfiguraba los rostros de las vampiresas en el cine softporno de la década del 70. Un erotismo "al segundo grado" –ese deporte francés–, de vuelta de todo, a la vez canchero y existencialista, donde los avatares del deseo brillan con la luz satinada de una producción de modas *risquée*.

Y sin embargo, ¡cuánta evocación cabe en este breve relato libertino! Basta hojearlo –no es exactamente una lectura lo que reclaman sus frases cortas, sus párrafos indigentes, esos finales de capítulo ("Otra cosa me tenía atrapada", "Todo cambió desde ese instante", "No pensaba dejarle la última palabra") que vibran en el aire como latigazos de telenovela antes de la tanda– para que un ecléctico seleccionado de plumas licenciosas empiece a desperezarse. Ahí vienen Pauline Réage y Emmanuelle Arsan, cansadas por el largo viaje que las arrancó de la época de oro (*Historia de O*, *Emmanuelle*) para depositarlas entre las páginas del libro de Isabel Marie. Viene un exánime Georges Bataille, o más bien los jirones de su espectro enfermizo proyectados en una película de Tinto Brass o Adrian Lyne. Llega el Yazuhiro Tanizaki del *Diario de un viejo*, tímido y cortés, aunque algo desconcertado por el destino inocuo que Marie previó para sus tortuosidades. También llega Marguerite Duras, infalible y a los tropezones, aunque acaso sólo el lector devoto y vengativo alcance a reconocer la desesperación de sus grandes *amours fous* en el laconismo sobreactuado de *La criada*. Semejante poder de convocatoria debería alertarnos. La novela de Isabel Marie no es kitsch (carece del humor y hasta del mal gusto necesarios para aspirar a la categoría): es mersona, viejo adjetivo argentino que vuelve de la muerte para vengarse.

Con sus espesas pátinas de cultura, de autoconciencia y de credulidad, *La criada* compendia todos los lugares comunes del *neomersa erótico*, género francófono por excelencia que lleva el entrecomillado a su apoteosis: situaciones "abstractas", atmósferas "enrarecidas", sexualidad "loca", contratos "equívocos", "intercambio" de "identidades", goces "inefables", vacío "existencial", "secretos", pasados "ominosos"... La novela de Isabel Marie perfila el axioma básico de la nueva estética mersa: nada es lo que parece ser sino "otra" cosa, más perturbadora y más amenazante, que duplica lo que es del mismo modo infantil en que los fantasmas duplicaban las imágenes en los viejos televisores de antena.

En otras palabras, la sofisticación como un arte del eco y de la sugerencia, viejo dogma en el que se amparan los bienpensantes para oponer la finura del erotismo a la brutalidad literal de la pornografía: no decirlo todo, insinuar, rozar (sólo rozar) el misterio, llegar hasta el borde y detenerse... La voluptuosidad neomersa de *La criada* está hecha de intenciones veladas, gestos en suspenso, dobles sentidos que acechan y todo ese repertorio de esfumados ambivalentes que el cine erótico suele resumir en luces tenues, deshabillés vaporosos y cortinas de voile barridas por brisas tórridas. El problema –el punto ciego del efecto neomersa– es que esas otras dimensiones que la novela promete son tan flagrantes y previsibles como las que proclama. La ambigüedad se vuelve redundancia, el misterio un secreto a voces y la perturbación una forma trivial de matar el tiempo, el hobby de una universitaria insatisfecha que busca nuevos mercados para su saber.



EN *LA CRIADA*, ISABEL MARIE COMPENDIA LOS LUGARES COMUNES DEL "NEOMERSA ERÓTICO".

Esa es la parábola que trazan las aventuras de Sarah, la heroína de *La criada*, flamante doctora en filosofía que decide alistarse en el servicio doméstico para realizar algunas utopías de la contemporaneidad posentusiasta: la apatía, el desapego, el anonimato. Pero del dicho al hecho hay 150 páginas de trecho, y Sarah *hace carrera*: cambia el plumero y el odex por la pasión adúltera (primero) y por un platónico romance lesbiano (después); abandona la indiferencia, descubre el goce de la manipulación y se convierte en una versión paródica de la marquesa de Merteuil; por fin, *last but not least*, archiva su polvoriento currículum teórico y tropieza como por casualidad con un promisorio destino de escritora de ficciones eróticas. Novela de iniciación, *La criada* parece reescribir, sin omitir ninguna de sus desdichas, el itinerario de muchos de los héroes del pensamiento literario francés de fin de los '60: de la teoría dura a la ficción fláccida, del sabotaje del relato a la fluidez academicista, del furor intertextual a la erudición de supermercado *mid cult*, de la *rive gauche* radical al confortable Quai d'Orléans.

He aquí la dimensión inesperadamente "testimonial" de *La criada*, suerte de *Teorema* pasada por agua donde las subversiones de Pasolini se vuelven mullidas como *chaises longues*. Experta en saldos y retazos, Isabel Marie acopia restos de jergas, harapos conceptuales y vestigios de problemáticas de época (el tándem cuerpo/escritura es sin duda su favorito); los convierte en logotipos del erotismo cultural *fashion* y después, debidamente macerados en el almíbar "posfeminista" de su prosa, los lanza al mundo como lo que son: destellos enfáticos del neomersa francés contemporáneo.♣



EL EXTRAPARTIDARIO

Los escritores leen, se sabe. Y los músicos, a juzgar por Andrés Calamaro, parece que también.

"No soy un verdadero lector": así define Andrés Calamaro su relación con los libros. No porque su vida como músico le quite todo el tiempo. "Puedo pasar semanas enteras sin estar leyendo un libro. Soy bastante haragán con la lectura". Aunque no se considere buen lector, es lector al fin, ya que cada vez que programa una gira, los libros son parte del equipaje. "Antes de salir, me gusta pasar por una buena librería de Madrid y comprar algunos libros. Hay lecturas densas que no se pueden llevar. Pero Bukowski, por ejemplo, en las giras ayuda bastante".

Para la presentación de *Alta Suciedad*, Calamaro sale a escena con tres libros teloneros: "Una novela de Philip Carr, *El infierno digital*. Es una historia sangrienta dentro de un edificio superinteligente. A mi mujer, Mónica, le pareció malísimo". Casi al final del recorrido que lo llevó por Perú, Uruguay, Paraguay y el interior del país, y que terminará el próximo 3 de abril en el Luna Park, Calamaro nombra el segundo ejemplar que lo acompaña: *Cruzando el paraíso*, de Sam Shepard, cuya lectura aún está inconclusa. "Lo estoy leyendo de a poquito para que no se me termine".

El último libro es *Oráculo para los derrotados* de Emil Cioran, uno de sus favoritos en España. "Ya lo tenía, pero compré otro ejemplar para leerlo acá. Para mí es un libro de consulta permanente. Otro de Cioran que también me gusta mucho es *Silogismos de la amargura*, que lo acaban de reeditar y que es más fácil de conseguir". Tanto fervor por este autor tiene una explicación sencilla: "Cioran está a la altura de Bob Dylan."

"Y antes de venir para acá terminé *El tren de la noche*, de Martin Amis, que me encantó, pero hubiera preferido que tuviera algunas páginas más". Promete leer un Amis más gordito, *Campos de Londres*, y agrega, cerrando el capítulo Amis: "Desde que leí *La flecha del tiempo* me siento cada día más joven".

P.M.

Africa suya



AL OESTE CON LA NOCHE
Beryl Markham, *traducción de Liliana Piastra*
Emecé, Buenos Aires, 1998
314 páginas, $ 17

Dolores Graña

Podría pensarse a Beryl Markham como la hermana sarcástica de Isak Dinesen: la desautoriza, se ríe de todo el mundo y encima le roba los novios. La aparición de Lord Delamere, el Barón Blixen y Denys FinchHatton, ex vecino, ex marido y ex amante, respectivamente, de Dinesen, hacen de *Al oeste con la noche* una suerte de versión deformada de *Memorias de Africa*. A la vez, Markham pinta al continente de forma mucho más terrenal: indiferente, a veces cruel y siempre inabarcable, pero con una dimensión totalmente humana.

La autora vivió en Africa hasta los 35 años, tiempo durante el cual fue acompañante amateur a las expediciones de caza de los nandi-murani, cuidadora de caballos de carrera, y finalmente, piloto profesional en lo que en esos momentos eran Sudán, Kenia, Tanganika y Rhodesia. En 1936 alcanzó la fama por ser la primera persona que cruzó el Atlántico sola, volando desde Inglaterra hasta Canadá –de ahí el título– no sin antes casi morir una docena de veces por desperfectos técnicos.

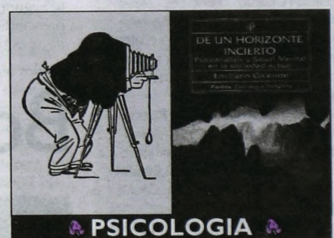
Así como todos los caminos conducen a Roma, cualquier tipo de fama lleva invariablemente a Hollywoodland. Beryl Markham no fue la excepción. Allí conoció y se casó con Raoul Schumacher, un oscuro periodista. En 1942 publicó este libro de memorias, con éxito instantáneo. También instantáneamente, *Al oeste con la noche* fue adjudicado a la oscura pluma de Raoulito. Si la autora pataleó o no, nada se sabe. Pero Ernest Hemingway fue tajante: "La conocí bastante bien en Africa y jamás sospeché que fuera capaz de escribir otra cosa que las anotaciones en su libro de vuelo. Así y todo, ha escrito tan bien, tan maravillosamente bien, que estoy avergonzado de mí mismo como escritor".

Al oeste con la noche es un manual de supervivencia en tiempos ya enterrados. El Africa de Markham es imaginaria: una utopía de girl-scout ya crecida, con códigos de honor, buenos salvajes, inverosímiles aventuras y safaris multitudinarios. También es un relato encantador y lleno de vida, una suerte de las *Mil y Una Noches* africanas, donde el narrador no es otro que el continente mismo y la autora, una atenta escriba nativa. Porque Beryl Markham es indudablemente africana, a pesar de su pasaporte británico.



Durante su vida en Kenia, la autora contempló la muerte de una forma de vida y el nacimiento de otra: el germen de la Segunda Guerra Mundial, la muerte del sueño del Imperio y la *Pax Britanica*. Markham acierta las causas: "Africa se acercaba día a día. Pero era vieja y estaba cansada del tiempo. Y había aprendido a dejar que el mundo diera vueltas alrededor".

Beryl Markham murió en 1986. La solapa de *Al oeste con la noche* recalca las románticas circunstancias: pobre y alcoholizada, pero en Kenia. De nuevo y para siempre.♣



PSICOLOGIA

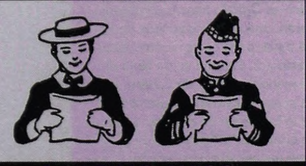
El campo de la salud mental no ha sido ajeno a la transformación del Estado y su impacto sociocultural, sabe Emiliano Galende, docente de Psiquiatría y actual director de la Maestría en Salud Mental Comunitaria de la Universidad Nacional de Lanús. A partir de su experiencia clínica e institucional, en *De un horizonte incierto* (Paidós, $ 23), analiza el impacto que las transformaciones de lo público y lo privado han provocado en los individuos y en los nuevos rumbos de la salud mental. "Estamos asistiendo al surgimiento de nuevos rasgos en los comportamientos de la cultura, de modalidades novedosas en los vínculos humanos, de formas de sociabilidad que cuestionan aspectos clave del lazo social (...), de transformaciones en el Estado que han modificado profundamente la organización de los ámbitos de lo público y lo privado." Saliendo de la microscopía clínica –como la llama–, pero sin depreciarla, Galende recorre las nuevas problemáticas (violencia familiar o social, trastornos somáticos, maltrato de niños, terror a la exclusión social) y las consecuencias de la retirada estatal: "El proceso de privatización está dirigido a hacer entrar a la salud en los criterios económicos del mercado (...), generando un avance del sector privado que comienza a ocupar un lugar importante en el dictado de las políticas en salud". El libro no es sólo un rosario de quejas: Galende, también, intenta pensar estas nuevas reglas de juego.



JUNTA LA PLATA

Algunos títulos que se vienen en abril

La era de la revolución, 1789-1848, de Eric Hobsbawm (Grijalbo)
Risas en el infierno, una lectura divertida de la Biblia, de Daniel Samper (De la Flor)
Cuando leas esta carta, de Vlady Kociancich (Planeta)
Ultimas tardes con Teresa, de Juan Marsé (Plaza & Janés)
Magdalena pecadora, de Lilian Faschinger (Lumen)
La guerra de los sueños, de Marc Augé (Gedisa)
Sí, ya me acuerdo, de Marcello Mastroianni (Ediciones B)
Pasión intacta, de George Steiner (Norma)
El sirviente de los huesos, de Anne Rice (Atlántida)
El estereoscopio de los solitarios, de Juan Rodolfo Wilcock (Sudamericana)
Política, sociología y teoría social, de Anthony Giddens (Paidós)
Tuyo es el reino, de Abilio Estévez (Tusquets)
Gardel, uma lembrança y *La tajada*, de Manuel Puig (Beatriz Viterbo)
El capitalismo argentino, de Aldo Ferrer (Fondo de Cultura Económica)
La hipótesis del desierto, de Dominique Sigaud (Andrés Bello)

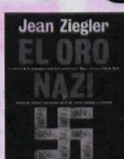


ULTIMO AVISO

Algunos títulos de marzo para no olvidar

Canciones del corazón, de E. Annie Proulx (Tusquets): "Los once relatos -todos muy buenos, algunos excelentes- funcionan como pie de página y Laboratorio Proulx, donde una vez más se destaca la pericia de la autora". (Rodrigo Fresán)
La Constitución de la democracia deliberativa, de Carlos Nino (Gedisa): "Nino sobresalió por la claridad de sus análisis, su progresismo político, su compromiso con el estado de derecho y la ética democrática y su afanoso estímulo al pensamiento independiente". (Fabián Rodríguez Simón)
Si una mañana de verano un niño, de Roberto Cottroneo (Alfaguara): "Un libro cuya fundamental pero jamás fundamentalista intención es la de convertir a su lector al saludable peregrinaje que lleva de un libro a otro, y a otro". (Juan Ignacio Boido)
El traductor, de Salvador Benesdra (Ediciones de la Flor): "Lo más importante de esta novela es su tono, su registro. Un tono a la vez decepcionado y mundano, personal y a la vez general, epocal, múltiple en ecos y en resonancias. Así se explica la paradoja de una historia íntima contada de modo épico". (Claudio Uriarte)
Las ilusiones del posmodernismo, de Terry Eagleton (Paidós): "El título anticipa un argumento central. Las tesis asociadas al pathos posmoderno son denunciadas, desde una perspectiva resignadamente marxista, como falsas". (Alfredo Grieco y Bavio)
La noche es virgen, de Jaime Bayly (Anagrama): "Aun sin la destreza de radiógrafo generacional del primero ni la genialidad del segundo, lo de Jaime Bayly se acerca a un Easton Ellis limeño y a un Bryce Echenique gay y coquero" (J.I.B.)
Aventuras y amores de la Historia, de Alain Decaux (Javier Vergara): "Este libro está escrito con humildad. No es una novela histórica, sino extractos de la Historia narrados, y esta segunda ecuación es a menudo más auténtica ". (Marcelo Birmajer)
Aníbal Troilo, Pichuco. Conversaciones, de María Esther Gilio (Perfil Libros): "Hablar de Troilo es escuchar a Troilo. Verlo apoyar despacio su cabeza en el bandoneón como escuchando un secreto entre amigos. Es hablar de quienes lo rodearon, de quienes fueron cuidando de sí mismo a ese Gordo que recreó el tango. Y María Esther Gilio hace eso". (Miguel Russo)

Negocios con el mal



EL ORO NAZI
Jean Ziegler
Planeta, Buenos Aires, 1998
376 páginas, $ 22

Marcelo Birmajer

Desde 1997 resuenan ecos de las revelaciones acerca del oro robado y depositado por los nazis, con la complicidad de las autoridades suizas, en la banca suiza (nacional y privada) antes, durante e inmediatamente después de la guerra. De ese botín estimado en centenas de miles de millones de dólares, decenas de miles pertenecían a los millones de judíos asesinados y otros tantos a otras innumerables víctimas del nazismo; también, por caso, a la reserva nacional de la invadida Holanda. El intenso, demoledor y riguroso libro de Jean Ziegler comienza por informarnos acerca de la virulenta y justa indignación con que recibieron estos datos los medios de Estados Unidos y Europa occidental. Ziegler cita a Frank A. Meyer, editorialista estrella del principal diario suizo, el *Sonntags-Blick*, quien escribió el 22 de setiembre de 1996: "Suiza expulsó de su frontera a los judíos que huían de los nazis enviándolos de este modo a la muerte. Pero el oro que los nazis arrancaban de los dientes de los judíos muertos, Suiza lo aceptó y blanqueó de buen grado".

Lo que sigue a esta afirmación (la investigación de Ziegler) confirma simplemente y con hechos que en ese encabezado no hay una pizca de metáfora ni exageración: millones de dólares depositados en los bancos suizos por los nazis eran la suma de los dientes de oro arrancados a los asesinados; y el libro no ahorra detalles acerca de cómo las autoridades suizas expulsaron e impidieron entrar a su territorio a decenas de miles de judíos que intentaban huir de una muerte segura. Las descripciones crudas son imprescindibles para el libro, pero una barrera de sensibilidad impide reproducirlas aquí: alcanza con pedirle al lector que no deje de informarse sobre el patético pliegue histórico que este libro ilumina.

El libro de Ziegler, además de estar muy bien escrito, trae un plus de buena voluntad que es preciso señalar: estas investigaciones a menudo caen en un tono aséptico que evita calificar moralmente a los sujetos de los hechos que investigan; o, por el contrario, se van en calificaciones y pierden rigor. Ziegler ha logrado definir a los nazis como ladrones, como asesinos y como monstruos sin que estos adjetivos ciertos le quiten lugar a la precisión de los eventos concretos.

La contrapartida de la barbarie nazi y la falsa neutralidad suiza, cuya connivencia económica y armamentista con Hitler prolongó la guerra, son en principio los Aliados y luego el Congreso Judío Mundial y el Estado de Israel avalando a las víctimas de la Shoah, sobrevivientes y parientes. En algunos casos, las víctimas depositaron sus bienes en Suiza antes de ser asesinadas; en otros, los nazis los depositaron como propios luego de asesinar. Hasta la feroz batalla legal comenzada en 1996, la banca suiza no hizo el menor esfuerzo por dar respuesta a los reclamos de los herederos legítimos.

Si bien desde 1946 Estados Unidos encabezó los reclamos a Suiza en concepto de reparación por su ruptura de la neutralidad y apoyo económico al nazismo, del libro puede desprenderse que el tema cobró mayor vigor con la completa liberación de la información al respecto promovida por el presidente Clinton y acompañada por el Consejo Judío Mundial, y diversos senadores y políticos norteamericanos, ingleses (destacada función del ex ministro de Asuntos Exteriores británico, Rifkind) e israelíes.

La traducción al español del texto no es feliz. En todo los casos donde debe decir "israelitas", dice "israelíes". Y en un renglón parece confundir el museo de remembranza de la Shoah, Yad Vashem, con un individuo israelí. Pero la fuerza del original no sólo se sobrepone a estas falencias, sino que vuelve imprescindible cada una de sus aseveraciones. Si el lector acostumbra subrayar datos en los libros, no es aconsejable que lo haga con un resaltador: no quedará hoja sin colorear.



Hay que otorgarle a Ziegler otro plusvalor (en el sentido literal del término) por su nacionalidad suiza. No ha vacilado en destruir ladrillo por ladrillo el mito fundante de su país: la neutralidad. Quien negocia con los nazis y los aliados, parece concluir el libro de Ziegler, negocia solamente con los nazis. Ziegler separa con un escalpelo moral los límites del capitalismo: no es lo mismo enriquecerse vendiendo tractores para sembrar que vendiendo vagones que se sabe que serán utilizados exclusivamente para asesinar personas. No es lo mismo proteger bienes de desconocidos que conocer bienes provenientes de dientes de desconocidos y negarse a reconocerlo.

Al señalar la complicidad con el mal, Ziegler no se limita a la banca suiza, a cuyas autoridades se define como gnomos (seres malignos que protegen tesoros) o posaderos (se encargan de la comodidad de los asesinos): llega también, por citar sólo un caso, a las autoridades stalinistas polacas de posguerra que, por medio de oscuros manejos financieros, pretendían convertir en patrimonio nacional los bienes de los judíos polacos a quienes el mismo Estado polaco había contribuido a masacrar.

El libro se cierra con una breve reseña del periodista argentino Juan Gasparini sobre el derrotero del botín de los nazis por España, Portugal y Argentina. Nuevamente la figura de Perón queda ligada a la facilidad con que los jerarcas nazis fugitivos establecieron sus personas y sus bienes con toda tranquilidad en este país. Por la crueldad de los hechos que narra, *El oro nazi* puede apesadumbrar al lector; pero su vocación de verdad tiene un extraño efecto esperanzador.♣

Bolivia, mon amour



LUNA DE LOCOS
Manfredo Kempff
Alfaguara, Buenos Aires, 1998
308 páginas, $ 16

Miguel Russo

Una pequeña localidad boliviana a principio de siglo es el marco que Manfredo Kempff (Santa Cruz de la Sierra, 1945) elige para encuadrar su novela *Luna de locos*. Y no es ocioso reconocer en la ciudad natal del autor el antecedente de su territorio imaginario. Los personajes: una típica familia de hacendados de aquella época. Y, por supuesto, la cita de los condimentos que eran eje de la vida cotidiana: sexo, violencia, locura. Hay dos datos curiosos que pueden agregarse a esa enumeración. Uno, Manfredo Kempff es, actualmente, el embajador boliviano en la Argentina. Otro, su novela fue llevada a la televisión de Bolivia en forma de miniserie de diez capítulos con un éxito masivo de audiencia. Y una sentencia: la fascinación que el autor siente –y demuestra– por el realismo mágico. Todo eso, lo literario y lo extraliterario, parece el condimento propicio para un best seller. Como siempre ocurre con ese tipo de libros, ni bueno ni malo. Best seller.

Pero resulta que *Luna de locos*, además, es una buena obra. Lograda, recomendable. Y si bien algunos sucesos parecen propios de la Cándida Eréndira y su abuela desalmada, Kempff forcejea con sus autores admirados y sale ganando (léase, diferenciándose) en estilo.

La historia es simple. El matrimonio Aguilera tiene tres hijos (Fabián, Carlota y Felipe). Los tres llegan, por distintas razones, a la locura, y los tres son semidesterrados –confinados en el último patio de la casa o enviados a la casa del campo– del seno familiar. ¿Para qué? Más simple aún, y allí descansa el fuerte de la novela: para no mostrar ni hacer evidente ante la población la promiscuidad de las familias de clase alta que, mediante las relaciones entre parientes, procreaban niños locos.

En medio de esas relaciones, Kempff muestra la realidad de una sociedad pequeña y, por lo tanto, pendiente de pequeños problemas que se agigantan hasta el paroxismo. El desenfreno de Fabián, la casi beatitud de Felipe y el despertar erótico de Carlota se mezclan con la tortuosa relación matrimonial de dos parejas, la de los padres César y Laura Aguilera y la de Nicanor y Soledad. Y se mezclan también las escandalosas formas de esclavitud, los síntomas más recalcitrantes de un machismo llevado al extremo, el sometimiento femenino para todo uso y placer y la ausencia total de prejuicios sexuales.

Es cierto que Manfredo Kempff ubica su relato a principios de siglo, pero *Luna de locos* parece una crítica despiadada a lo que puede ocurrir, quizá a mucho de lo



que ocurre. Los personajes –y su pertenencia a determinada clase– pueden cambiar, pero la locura, la violencia y el sexo indiscriminado son síntomas tanto de aquella época retratada por Kempff como de ésta.

Lejos de los revival del realismo mágico tan a la moda, y que sólo sirven para reventar listas de "los más vendidos", Kempff y su *Luna de locos*, amparándose en el poder de un relato sin guiños ni sobreentendidos, borran toda sensación de Macondos, aunque la historia –fuerte, concreta, simple– transcurra en la Macondo boliviana.♣

Unas tipas audaces



EL SUEÑO DE URSULA
María Negroni
Seix Barral, Buenos Aires, 1998
254 páginas, $ 17

Claudio Zeiger

Nobleza obliga: si uno se la pasa quejándose de que últimamente ciertas mujeres están abusando de las mieles de la llamada escritura femenina para poner en escena un tipo de literatura suave, un progresismo light, un regionalismo pintoresco y un feminismo lavado, no puede dejar de reconocer con beneplácito y respeto los méritos de un libro que bajo las mieles (esta vez más amargas, más complejas y más ambiguas) de la escritura femenina no propone ni un feminismo de moda ni un sencillismo ideológico. *El sueño de Ursula* está muy lejos de los productos más o menos atendibles de las escritoras latinoamericanas. María Negroni fue primera finalista del controvertido Premio Planeta 1997 (el que ganó Ricardo Piglia con *Plata quemada*) y su novela hace honor a un segundo lugar más que honroso detrás de un peso pesado como Piglia.

Aunque no para dilucidar si *El sueño de Ursula* será o no una novela vendedora, hay que señalar que no es la novela femenina hoy de moda y que resulta evidente que su autora no la escribió para un concurso o un hipotético segmento editorial. Trae en este sentido una visión novedosa de la femineidad, difícil pero nada hermética, y plantea una pregunta inquietante: ¿Debe un hombre leer este libro?

Para entendernos. Cualquiera puede leer cualquier cosa. Cualquiera puede leer y entender lo que quiera. O no leer. Cualquiera puede sentirse atraído por cualquier tema ajeno a su sexo, su credo y su raza. Pero no se puede negar la tensión intrínseca a una literatura que, embebida de las preocupaciones de la crítica feminista y las cuestiones de género, produce delimitaciones y traza territorios. Seguramente es una tensión estimulante, frente a la cual, lo peor que se puede hacer es obviarla.

Ursula, la del sueño y la del título, es una mujer inscripta en una leyenda medieval, una mujer de un fin de milenio que no es éste sino el del siglo X. Ursula, según se cuenta, era heredera del trono de Cornwallis, estaba destinada al poder hasta que frente a la aparición de un pretendiente, su padre, el rey, decidió negociarla. Entonces Ursula puso tres condiciones para la boda: que la proveyeran de barcos para una travesía marítima que concluiría en Roma, de mujeres vírgenes para que la acompañasen y de tres años para hacer la peregrinación. Viaje de peregrinación, viaje iniciático. Ursula existió como personaje de una leyenda medieval. María Negroni –que es poeta, con cinco volúmenes de poesía editados y un libro de ensayos sobre arte y poesía de Nueva York, *Ciudad Gótica*– tomó en sus manos la leyenda medieval pero no para recrearla históricamente. En verdad su apuesta narrativa abreva en la poesía y el ensayo, y lo que básicamente elabora es un tratado sobre la cuestión femenina compuesto de modo coral por las voces de todas las mujeres que hicieron ese viaje.



LO FEMENINO NO ES SOLO CUESTION DE MIRADA: ESO PARECE DEMOSTRAR NEGRONI EN SU NOVELA.

La autora enfiló sus naves en dos direcciones: apostó a la escritura y se centró en la mujer y sus problemas de género. Respecto de la escritura se puede decir algo muy simple: es bella. Cuando un concepto tiene sonoridad, cadencia y vale por su expresividad, podría decirse, sin complicar en vano las cosas, que estamos frente a un acto de belleza. Esto sucede a lo largo de *El sueño de Ursula* sin altibajos visibles. Claro que quien juega sus fichas a la escritura corre riesgos en el orden de la narración: cuesta, detrás de la fascinación del lenguaje y de las frases que obligan a detenerse frente a la vorágine de conceptos rotundos (de esos que se está tentado en leer en voz alta), penetrar en el conflicto de los personajes. Ejemplos de frases para subrayar: "Las mujeres son húmedas y torpes por naturaleza, con más facilidad sucumben al amor, al odio, la felicidad y la tristeza". O "escribir es estar entre dos aguas: el deseo de agradar y el de atacar".

Los conflictos pasan como mirados desde la cubierta de esos barcos que atraviesan un mar inmóvil, pero no en la acción. *El sueño de Ursula* construye una gran escenografía que opera como metáfora de la inmovilidad. Al fondo de esa sólida maquinaria armada con los restos de la imaginería medieval –hechizos, pestes, monjes, conjuros, animales fabulosos, brebajes, incestos, hombres barbudos, leprosarios, ratas– están en escena esas mujeres en fuga. La idea nítidamente diseñada de un correlato entre ese fin de siglo y nuestro fin de siglo actualiza y refuerza la impronta femenina de la novela.

Y aquí la pregunta, con su aparente absurdo, acerca de si deben leer los hombres este libro. Por dos razones, la pregunta: por la misma razón de si deben las mujeres escribir sobre mujeres como un acto reivindicativo, o si deben las críticas literarias feministas rescatar mujeres para emparejar el evidente desnivel pro varón de la historia de la literatura. Porque en la mirada femenina sobre la literatura y en el empeño de las escrituras femeninas está implícita al fin y al cabo esta pregunta acerca del objeto (¿la mujer?) y del público (¿las mujeres?). Esa es su fuerza de combate y su tensión. No basta con decir que lo femenino es una cuestión de mirada.

La otra razón para la pregunta es más específica de esta novela, y va en verdad al corazón de uno de sus méritos, porque es tan íntimamente femenina, tan reveladora de esos mecanismos de razonamiento, que cualquier caballero pudoroso debería preguntarse, al terminar *El sueño de Ursula*, si debió haberlo leído.♣

PASTILLAS RENOME

Pablo Mendívil



DINAMICA DE LA MEDIACION
Jean-Francois Six
Paidós, Barcelona, 1997
228 Páginas, $ 25

Cuando en Argentina el tema de la mediación es tan reciente que todavía puede mantener en el aire –como novedad– un programa televisivo que se dedica a mediar, este libro se presenta como una manera más tranquila de abordarlo. Esta *Dinámica de la mediación* puede servir como manual de instrucciones para ver "Forum", o para entender esta modalidad que intenta simplificar los caminos de la Justicia. En un lenguaje accesible al público no especializado, Jean-Francois Six -presidente del Centro Nacional de la Mediación en Francia– explica del modo más sencillo y básico, todos los factores que se ponen en juego a la hora de mediar. Aquí encontraremos desde respuestas a preguntas elementales como qué es un mediador, pasando por los distintos tipos y lugares en que se puede dar; hasta llegar a ver nuevas formas de encarar situaciones para no llegar a juicio.



AGUSTIN P. JUSTO: LAS ARMAS EN LA POLITICA
Luciano de Privitellio
Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 1997
112 Páginas, $ 15

Esta nueva colección intenta hacer llegar a un amplio público biografías históricas locales. Parte importante de esta intención tiene que ver con la presentación: con formato de revista, una lujosa impresión e infinidad de ilustraciones, roza –por lo didáctico del diseño– los manuales de alumnos secundarios. Con la ventaja que le otorga esta presentación, Luciano de Privitello –licenciado en Historia y Docente de la UBA– aborda la vida de Agustín P. Justo con abundancia de datos y nombres concretos, pero sin extenderse en los detalles. En la segunda parte aparecerán dos conjuntos de textos: uno de personajes de la época, que dan distintas opiniones de las acciones del ex presidente; el otro, textos escritos por el propio Justo y que terminan de dibujar su perfil. Completa el libro un cuadro cronológico que muestra la situación mundial y la del país, en los distintos períodos de su vida.



EL AGENTE SECRETO
Joseph Conrad
Ediciones B, Barcelona, 1997
352 Páginas, $ 8

Joseph Conrad comienza la historia de *El agente secreto* a partir de dos datos que él mismo explica en el prólogo: el atentado que hizo explotar el observatorio del meridiano de Greenwich y un comentario de un amigo anarquista sobre el tema. Esto sirve al autor de *El corazón de las tinieblas* como disparador para encarar una narración en la que van cambiando los puntos de vista de un personaje a otro, y con ello también se modifica la concepción de los sucesos. El tono de esta historia le valió a Conrad el rechazo de la crítica, que confundió con liviandad y apología la cruda e irónica visión que realiza de la época, de los ideales anárquicos, y de las relaciones y tratos que aparecen entre "buenos y malos". Si bien la divulgación de las relaciones de poder están hoy a la orden del día, no eran moneda corriente en aquel tiempo.



NOTICIAS DEL MUNDO

✤ La publicación de *A Thousand Days: John F. Kennedy in the White House*, (*Mil Días: John F. Kennedy en la Casa Blanca*) de Arthur Schlesinger, le sirvió como excusa a Christopher Hitchens (foto; periodista famoso por sus cáusticas columnas de actualidad en la revista *Vanity Fair* y su biografía no autorizada de la Madre Teresa de Calcuta) para cargar contra el beatificado presidente muerto en Dallas. Hitchens, horrorizado por lo que considera una obsecuencia lisa y llana por parte del autor, sostiene que las carreras políticas de JFK y su hermano Bobby fueron compradas por "el desagradable patriarca de la familia, dotado de una pronunciada simpatía por el fascismo y enormes conexiones con la mafia". Como si esto fuera poco, Hitchens se burla ampliamente en su artículo de la creencia popular de que el magnicidio –y la consiguiente ascensión de Lyndon Johnson a la presidencia– allanaron el camino a la Guerra de Vietnam y la invasión a Bahía de Cochinos. Ya no se puede creer en nada, ni siquiera en las mejores teorías conspirativas.

✤ La historia es más o menos así: un hombre, metido a la política, llega a la presidencia de una importante nación de Europa por casualidad. Pero no se pone contento, al contrario: casi de inmediato, advierte que él no sirve para gobernar, que nunca será lo que se dice un presidente, sino apenas un *residente*. No se trata de una novela sino de la cruel biografía de Jacques Chirac que publicó en Francia Jean-Marie Colombani. *Le Résident de la République* ocupa el quinto lugar en la lista de best-sellers de no ficción, apenas detrás del ascendente nuevo éxito de Emmanuel Todd (el hombre que ya en 1975 comenzó a hablar de la caída del socialismo), *L'illusion économique*. Con un fondo de elogio del nacionalismo en la economía, Todd ataca las nociones sobre la inevitabilidad de las leyes del mercado y augura que, de continuar el proceso de mundialización, que nadie se asombre si el panorama futuro tiende hacia la recesión.

✤ Otra de Francia, esta vez en el rubro ficción y protagonizada por la autora de la superpromocionada –y sobrevalorada– novela *Chanchadas*. Luego del éxito de su debut literario, Marie Darrieusecq decidió reincidir: el resultado se llama *Naissance des fantômes* y ocupa el octavo lugar de la lista de best-sellers de *Le Nouvel Observateur*. La crítica francesa, esta vez, no se mostró tan devota de la joven autora; si eso fuera poco, Marie NDaye la acusa de "haber imitado" (primer paso hacia un juicio por plagio) su obra *La sorcière*.

✤ Ella murió en 1969, en Ramos Mejía, de cáncer de huesos. El, en 1981, anotando poco antes: "Así, Aurora murió/ Ahora para evitar que este hecho caiga en la amnesia/ que es el final de todas las cosas de la vida/ querría decir una cosa/ para que el recuerdo se mantenga/ tal vez durante cinco años, que ya es mucho decir". Por primera vez el escritor catalán Josep Pla menciona por su nombre a su amante Aurora Perea Mené, a quien conoció en los años 30, de quien se separó en 1948 –cuando ella se casó y se instaló en Argentina– y a quien reencontró veinte años más tarde, poco antes de que ella muriera. Hasta entonces, ella había sido la "A." que en el diario de Pla (los "cuadernos negros") comparte con él alegres aventuras eróticas. A partir de esa mención, la Universidad de Barcelona comenzó una investigación en España –a cargo de Anna Caballé, directora de su Unidad de Estudios Biográficos– y en Buenos Aires –a cargo de Beltrán Gambier, director de la revista sobre biografía y memoria *Intramuros*– una investigación sobre la recuperada Aurora.

EL MUNDO ALUCINANTE

Arenas en movimiento perpetuo

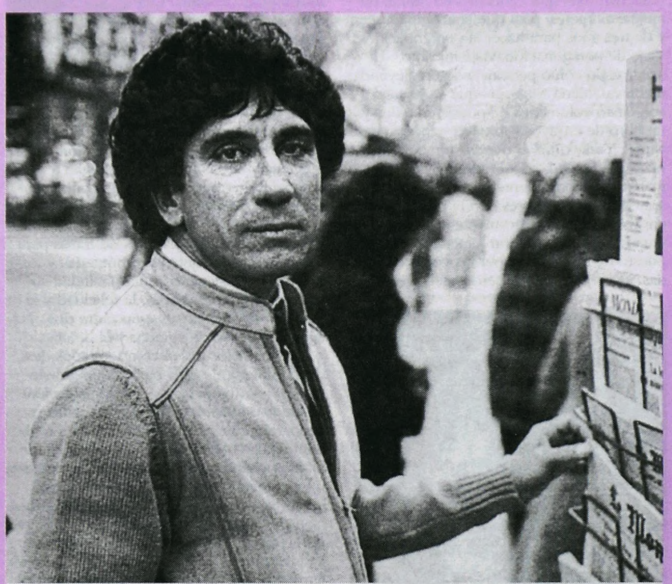
La reedición de El mundo alucinante, *texto memorable e inclasificable de la literatura latinoamericana, recuerda el impulso vital, delirante y febril que el cubano Reinaldo Arenas mantuvo hasta su última obra.*

Elvio E. Gandolfo

Si se lee descolgado de circunstancias biográficas, históricas e incluso literarias, *El mundo alucinante* (recién reeditado por Tusquets) invade, deslumbra, sacude. Hasta podría considerarse el producto magistral de alguien que decide mostrar, por fin, una manera de escribir la materia histórica liberada de toda dependencia "histórica" para ser estructura, ritmo del lenguaje, explosión inventiva permanente. Pero, como todos los libros, está situado. Fue escrito en 1965, fue mencionado en un concurso cubano en 1966, fue editado por primera vez en México en 1968, y reeditado con alguna corrección en Venezuela en 1980. El autor nació en Cuba en 1943, y murió en el exilio, de sida y suicidio, en 1990 y en Nueva York.

El cálculo señala que, cuando escribió este texto fundamental de la literatura latinoamericana (como también lo son otros de sus libros: *Celestino antes del alba* y *Antes que anochezca*, por dar dos ejemplos), Reinaldo Arenas tenía veintidós años. Aunque reconocido por los lectores apasionados de su país como una voz clave, fue prolijamente perseguido y encarcelado por su homosexualidad. Parte de sus energías de sus últimos años las empleó en atacar con furia y desdén al régimen castrista que lo hizo.

Todas esas circunstancias biográficas, todos esos años indesmentibles, forman una red, sin embargo, de la cual el propio autor (que proporciona la mayoría de esos elementos en un prólogo), descree. Dice, por ejemplo, "más que en la Historia busco en el tiempo". Y también: "Siempre he desconfiado de lo *histórico*, de ese dato *minucioso y preciso*". Por otra parte, cuando escribió su libro autobiográfico *Antes que anochezca*, destrozó toda posibilidad de que se convirtiera en un lamento agónico. Lejos de la elegía, había energía desbocada, la expresión insistente del sexo, el goce de estar vivo o la capacidad de reír, de absorber más datos y sensaciones del mundo, incluso en la cárcel, incluso en la penuria extrema. Nada había, en ese libro, más fabuloso y alucinado que su vida real convertida en palabras. Nada hay, en esta reedición, más delirante y febril que otra vida real convertida en palabras por Arenas.



RECONOCIDO COMO UNA VOZ CLAVE DE LA LITERATURA CUBANA, REINALDO ARENAS FUE PERSEGUIDO POR SU HOMOSEXUALIDAD. EN SUS ÚLTIMOS AÑOS ATACÓ AL CASTRISMO QUE LO ENCARCELÓ.

El mundo alucinante cuenta la historia de fray Servando Teresa de Mier, un cura que vivió entre los siglos XVIII y XIX, entre la colonia y la independencia, entre América y Europa. Pero aunque le siga el hilo cronológico sobre todo a la *Apología* escrita por el propio Fraile, lo que queda de ese texto son menos que fragmentos, apenas briznas en el mar del texto (cuesta llamarlo "novela") de Arenas. Lo que se impone ya desde las primeras páginas, y se va imponiendo como el gesto fundamental del libro, es el movimiento perpetuo.

El fraile no para de rebelarse, no para de correr para huir, no para de conspirar contra los poderes, no para de caer, de ser golpeado, de seguir, y seguir, y seguir. En más de una nota se ha insistido en dos fuentes de la ametralladora alucinógena: es cierto que en parte las imágenes procesan la historia americana y europea como la procesó el *Casanova* de Federico Fellini, y que el carácter casi naturalista y totalmente apartado de toda psicología de las imágenes se acerca al Bosco.

> **"Nada había, en *Antes que anochezca*, más fabuloso y alucinado que su vida real convertida en palabras. Nada hay, en esta reedición, más delirante y febril que otra vida real convertida en palabras por Arenas."**

Pero, a diferencia de Fellini (sobre todo en ese film) y del Bosco, las imágenes de Arenas no paran de pulular, de correr, de moverse. En ese sentido recuerdan, una y otra vez, la mecánica mental sin límites de los mejores dibujos animados. Hay algo de desesperación del movimiento, que se vuelve paradójicamente liberadora, hasta hacer que el fraile termine por seguir moviéndose, viajando, itinerando, cuando ya no sólo está muerto sino, además, embalsamado. Inevitablemente, mientras uno suelta una carcajada, o menea la cabeza, lanzando un "¡qué hijo de puta!" dirigido tanto al autor como a su personaje, se recuerdan las obras maestras de Tex Avery.

No es lo único, desde luego. Hay momentos de relativa calma, pero allí el movimiento perpetuo se va de las peripecias o las imágenes al lenguaje mismo. El memorable capítulo que describe con detalle maníaco las mil y una cadenas que aprisionan al fraile comunica la fiebre de Lautréamont para describir una piedra movilizada por millones de piojos en su célebre *Canto*.

Arenas contó con una suerte enorme: su novela no cayó nunca en manos de un "editor" moderno, que seguramente hubiera eliminado o acortado ese y otros tramos. Tuvo en cambio a su lado, para la primera versión, la voz, el consejo y sobre todo el trabajo en común con Virgilio Piñera, otro cubano inclasificable. Piñera estaba en el jurado que le dio la mención, y le planteó ayudarlo porque, aunque la había votado como primer premio, opinaba: "Parece como si la hubieras mecanografiado en una sola noche". Con ese impulso de una sola noche está escrito este libro memorable, que rompe no sólo toda cronología sino también toda continuidad. Salvo la continuidad imposible de retener, de encauzar, de limitar, del movimiento vital para sacudirse toda cadena.♣

EL DOBLE

D. G.

Antonio Dal Masetto, Pintor

¿Qué hubiera sido el autor de Siete de oro *y* Demasiado cerca desaparece *de no haber sido escritor? Recuerdos de una vieja pasión por la plástica y un paso por la brocha gorda.*



Cuando era chico, en el colegio de monjas al que iba allá, en Italia, siempre me decían que tenía facilidad para el dibujo". No era un elogio del estilo *¡Mirá, el nene me salió artista!*, sino resultado de una extraña coincidencia: "En mi casa éramos todos campesinos y yo tenía que cuidar las ovejas. Las monjitas decían que al Giotto lo descubrió su maestro mientras dibujaba una de sus ovejas sobre una roca. Calculo que sucumbieron a la analogía". Luego de su experiencia religiosa, Antonio Dal Masetto pegó el salto transoceánico a Salto, un pueblo de la provincia de Buenos Aires. "Cuando tuve que definirme, a los 17 años, vine a la Capital con la intención de pintar y encontrar un maestro o alguien que me enseñara a dibujar. Me metí en un curso y se frustró, porque es una profesión muy costosa y necesita mucho espacio, y yo vivía en un cuarto de pensión con otros cuarenta tipos."

Es sabido que no hay mal que por bien no venga, o –en su defecto– que Dios trabaja en formas misteriosas: "Tenía que hacer algo. Escribir era más fácil y más barato: alcanza con un cuaderno y una birome. Además, uno puede escribir en cualquier lado". En un primer momento fue una decisión basada en problemas monetarios y edilicios, pero cuando vinieron tiempos mejores, el autor de *Oscuramente fuerte es la vida*, no retomó las artes plásticas. Decidió incorporarlas a la literatura: "En algunas páginas de mis novelas intento remediar la falta, tratando de pintar y dibujar un poco paisajes, formas y figuras. Cuando era más joven aprendía bastante de los pintores, de su capacidad de captación de un gesto, algo que siempre me impresionó y que traté de copiar". ¿Cuáles son los mejores pintores narradores, entonces? "Rafael, Van Gogh, Modigliani –esos ojos vacíos que dicen tanto– y los impresionistas en general".

Dal Masetto nunca perderá las esperanzas, y explica, en veta melancólica: "La pintura es una asignatura pendiente, un amor no resuelto. Toda persona que tiene una vocación se realiza en ella, o en cosas laterales. Quien quiere ser cirujano y falla en el mandato de los astros, puede terminar siendo carnicero. En mi caso, por un tiempo viví de pintar paredes. De alguna manera se me dio, pero las monjas no hubieran estado muy orgullosas de mí".